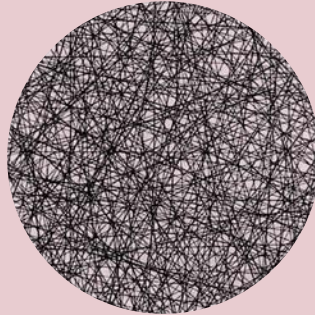


Atzavares

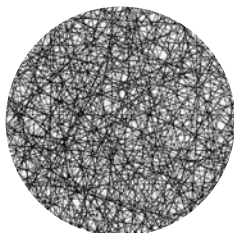


Sexto Premio de Relato Corto • Año 2011
Universidad Miguel Hernández



Vicerektorat de Cultura i Extensió Universitària
Delegació d'Estudiants de la Facultat de
Ciències Socials i Jurídiques d'Elx

Atzavares



Sexto Premio de Relato Corto • Año 2011
Universidad Miguel Hernández



Vicerectorat de Cultura i Extensió Universitària
Delegació d'Estudiants de la Facultat de
Ciències Socials i Jurídiques d'Elx

Dirección: Secretariado de Extensión Universitaria
Coordinación: Josep Sou
Convoca: Vicerectorado de Cultura y Extensión Universitaria
© Pórtico: Esther Sítges
© Textos: sus autores
© Diseño y Maquetación: Sílvia Viana
© Editor: Logisprint.cb
ISBN:
Imprime: Quinta Impresión, S.L.
Deposito legal:

Pórtico

Como un crisol que refunda, año tras año, el vasto tejido de la imaginación, **Atzavares**, nuestra publicación literaria, nos visita de nuevo con el ánimo de convocarnos al sosiego en la lectura de los cuentos y narraciones que contiene entre la páginas de su cuerpo, frágil pero intenso.

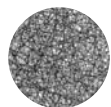
En esta ocasión, muy especialmente, las aventuras pertenecen al ámbito donde habitan la emoción, la pasión y la ternura. Todo ello aderezado con buenas dosis de ritmo, intriga y fantasía. Una nueva entrega, la de Atzavares, que además significa una plataforma para el nacimiento de trabajos emergentes en el difícil mundo de la literatura. Atzavares es, también, un compromiso con los nuevos autores, con la pasión por la creatividad y con la magia y alquimia de las palabras. Una puerta, Atzavares, que decanta la luz sutil de la memoria, de tantas memorias que se inscriben en el fulgor tornasolado de las estancias que se muestran en la sensibilidad sin límites.

Celebramos la alegría de la creatividad. Y saludamos a todos aquellos que nutren de esperanza los rincones pausados de una buena lectura.

Gracias.

Esther Sitges

*Vicerrectora de Cultura y Extensión Universitaria
Universidad Miguel Hernández de Elche*

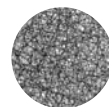


Jurado

Presidente: D. Carlos José Navas Alejo, profesor del Departamento de Estudios Económicos y Financieros de la Universidad Miguel Hernández de Elche.

Vocal: D. Antonio Sempere Bernal, profesor del Departamento de Estudios Económicos y Financieros de la Universidad Miguel Hernández de Elche.

Secretaria: Dña. M^a Cristina Pastor Valcárcel, Delegada General de Estudiantes de la Universidad Miguel Hernández de Elche.

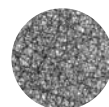


Premiados

Primer Premio: Alba Cristina Benesiu Pueyo con el relato *Tengo que saberlo*.

Segundo Premio: Ruth Laguna de las Heras y Carlos Lozano Quijada con el relato *Dos metros les separan*.

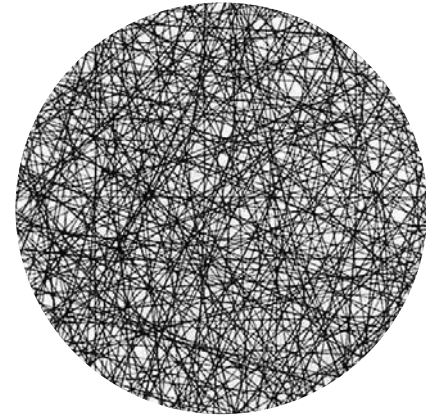
Tercer Premio: Julia Lamo Herrero con el relato *La culpa fue de los peces de colores*.



Seleccionados para su publicación

- Alba Cristina Benesiu Pueyo con el relato *Un record borrós*.
- José Alberto García Avilés con el relato *Mamarrachadas*.
- Samuel Juliá Cristóbal con el relato *El funeral de Eva*.
- Iván Latour Guillén con el relato *Fragmentos fisiognómicos*.
- Ana Martín Carratalá con el relato *Miedo*.
- Virginia Mendoza Benavente con el relato *El tiempo que pasa nunca llega*.
- Natalia Moltó Llopis con el relato *Lo que nos queda por conocer*.
- Dimas Pardo López con el relato *Los ópticos*.
- Luis Torrús Cortés con el relato *Matar a un dragón*.
- Andrés Úbeda Castellanos con el relato *La aparición*.

Relatos

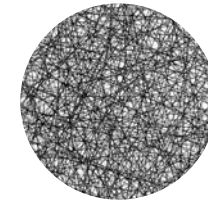


Tengo que saberlo

de

Alba Cristina Benesiu Pueyo

Primer Premio



Giro la cabeza y veo una carpa impresionante, semioculta bajo la hoja de un nenúfar. Me acerco un poco con disimulo para verla mejor. Es preciosa: sus escamas color crema brillan con la suave luz solar del exterior, y tiene una mancha carmesí decorando la cresta de su lomo. Está distraída mirando hacia la superficie del estanque, pero sus ojos cambian de dirección en una milésima de segundo y se encuentran con los míos, así, de repente.

Noto que boqueo más de lo normal, y muevo las aletas con indecisión. Ella se ríe y sigue mirándome. Parece tímida y sé que no tenemos mucho tiempo, así que decido ser yo quien haga el primer movimiento. Buceo hasta ella y le digo:

–Hola, ¿nos conocemos?

Ella se aleja un poco de mí y empieza a descender lentamente, con una elegancia propia de las carpas bien educadas.

–No lo creo, no te recuerdo. ¿Cómo te llamas?

No estoy muy seguro ni de mi propio nombre, así que le digo cómo creo que me llamo:

–Gurb.

–Ah, pues no, no me suenas.

Insisto, estoy convencido de que la he visto antes en alguna parte... solo que no recuerdo dónde. Si al menos supiera su nombre...

Pero ella empieza a alejarse al ver que no abro la boca más que para emitir las dichosas oes que los peces no podemos evitar repetir una y otra vez si no queremos morir asfixiados en el agua, por estúpido que suene.

–¡Espera!

Ella se gira cuando la llamo. Ha vuelto a colocarse debajo del nenúfar, y danza a su alrededor, haciendo que la hoja se mueva en el agua.

–¿Me dirás, al menos...?

Me muevo hacia atrás con brusquedad: pequeños algos han caído desde el exterior y ahora descienden muy despacio hacia las profundidades. ¡Comida! No sé quién nos la habrá lanzado, pero a mí me viene genial: estoy muerto de hambre.

Me lanzo en picado y empiezo a masticar. ¡Mmmm, esta comida es nueva! Pero, ¡un momento! ¡Hay algo que tengo que saber, y tengo que saberlo ya!

Vuelvo a mirarla. Ella también se ha retirado un poco al ver que caían las migas, pero no se ha movido prácticamente de su posición, debajo del nenúfar.

–Perdona, quería preguntarte cómo...

Treinta segundos.

Muevo la cabeza. De pronto tengo hambre, aunque juraría que ya he comido. No estoy muy seguro. Miro hacia abajo y veo que, al fondo del todo, hay pequeñas migas. ¡Comida! No sé quién la habrá depositado ahí, pero no pienso desperdiciarla.

Nado hasta ella y comienzo a masticar con fruición. ¡Mmmm, nunca he probado nada igual! Al momento, una mirada de carpas nada hasta aquí y empieza a comer. Está claro que alguien acaba de ponerla para nosotros, porque de lo contrario...

Empiezo a boquear más rápido: a mi lado acaba de colocarse una carpa preciosa, de color crema y con una mancha carmesí en lo alto de su lomo. Gira la cabeza cuando la estoy mirando y nuestros ojos se encuentran. Ella sonrío y se ruboriza, y yo sonrío también.

–Hola –le digo–. ¿Nos hemos visto antes?

Ella se aleja un poco de mí y mastica con calma.

–No estoy segura. ¿Cómo te llamas?

–Greg –o eso creo.

–Mmmm... –Ella sigue masticando mientras me mira–. Pues no, creo que no me suena tu nombre.

Dicho esto, da por terminada la comida y nada hacia la superficie. Las otras carpas le dificultan la salida, así que tiene que abrirse paso poco a poco entre ellas. Lo cierto es que es tan guapa que algunos peces se separan para hacer un pasillo, pero vuelven a juntarse al ver que yo voy detrás.

–¡Espega! –le digo, con la aleta de otra carpa en la boca.

Ella nada hasta la hoja de un nenúfar y empieza a girar a su alrededor, haciendo que el nenúfar gire con ella. Es una escena graciosa y tierna, nunca he visto nada igual. Me pregunto cómo es posible que ella y yo hayamos estado viviendo en este mismo estanque tantos años y no nos hayamos visto nunca...

No voy a volver a perder la oportunidad: tengo que saberlo. Tengo que saber su nombre.

–¡Oye! –Ella me mira cuando la llamo–. ¿Cómo te llamas?

La carpa se ríe y da otra vuelta, esta vez con coquetería.

–¿Por qué quieres saberlo?

Ahí me ha pillado. No tengo motivos para saber su nombre. Necesito pensar algo rápidamente, antes de que ella se vaya o antes de que...

¿De que qué?

—Porqueee... en serio, creo que recuerdo haberte visto antes.

—Pero yo a ti no —insiste ella.

—Si sólo me dijeras...

Treinta segundos.

Una carpa gigantesca nada por delante de mi cara a tal velocidad que salgo disparado hacia atrás. Me choco contra el borde del estanque y reboto contra la carpa, pero apenas es un golpe suave comparado con el que me ha dado a mí. Me entra un mareo repentino. Encima, tiene el descaro de volverse hacia mí con su enorme cara de malos humos y me dice, exasperado:

—¡Eh, mira por dónde vas!

Estoy a punto de decirle algo cuando veo una silueta que se mueve cerca de la superficie del estanque. Miro hacia allí y descubro a una preciosa carpa de color crema. Me quedo sin habla, y apenas boqueo. Ella no me ve al principio, pero luego, cuando desciende un poco, sus ojos y los míos se encuentran por un instante, porque ella aparta la vista enseguida, con timidez. Me percató de que tiene una mancha carmesí en el lomo; es extraño que tenga una marca tan reconocible y que no nos hayamos visto antes...

Siento algo que nunca había sentido hasta ahora mismo: no sé porqué, no sé cómo se me ha ocurrido ni sé qué haré cuando lo sepa, pero... ¡tengo que saber su nombre!

—Mi nieto es un ictiólogo, ¿sabe qué es eso?

—Estudia peces.

—Ajá. Él dice que sólo tienen una memoria que dura unos treinta segundos. Así que nadan por el estanque y siempre es una sorpresa para ellos, dicen «yo nunca había estado aquí». Se encuentran con otro pez que conocen desde hace cien años y dicen, “¿Quién eres tú, extraño?”.

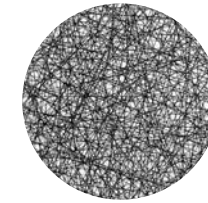
Neil Gaiman, *Humo y espejos*

Dos metros les separan

de

Ruth Laguna de las Heras y Carlos Lozano Quijada

Segundo Premio



Dos metros les separan. Uno frente al otro y en silencio. Ella, cerca de la puerta, pero por el momento dándole la espalda a esa salida. Él, apoyado en la pared, con los brazos cruzados, estático. No se perdonan, no se entienden. Ya hace un tiempo que les viene sucediendo. Ambos lo saben, y ambos han intentado evitarlo, pero sienten que ya es inevitable. Ahora simplemente han de sellar su separación, sin más. Por eso esta noche ella ha ido a devolverle las llaves de la casa. Las dejará sobre la repisa del recibidor, luego se dará la vuelta, abrirá esa maldita puerta, y finalmente se marchará. Para eso ni siquiera necesita acercarse más a él. Ya lo ha previsto así, e incluso se ha preparado para ello ordenándose que no se girará hacia atrás intentando cruzar una última mirada. Él se mantiene firme en su posición. Sabe que no debe derrumbarse. No despliega ni un milímetro sus brazos, lo que analiza él mismo como medida de auto-protección, y lo cierto es que a ella tampoco se le escapa el verdadero motivo de su actitud. Él sabe que le ha hecho mucho daño a ella, pero siente también el daño que de ella recibió. Ya no pueden perdonarse la cantidad de errores cometidos, y lo que en algunas fases de la relación había sido un reducido de felicidad, ahora ya les costaba recordarlo. Incluso ya no saben cómo explicar y justificar a los allegados el motivo de su relación, y simplemente están rendidos ante esa evidencia de que ya nada se podrá hacer.

Se miran reafirmando en sus decisiones.

–Bueno, –dice ella– me voy a marchar.

Él la mira tímidamente. Por un segundo siente que le falta el aire, y el poco de que dispone sale a presión de sus pulmones. Agacha la mirada, quizá por sentirse un poco más indefenso que unos segundos antes e intentando no mostrar debilidad.

–Siento mucho que todo haya sido así, de veras. Ojalá el maldito tiempo se hubiera detenido y no se hubiesen esfumado esos momentos que tan felices nos hicieron –arranca a decir él sin ser capaz de levantar la vista del suelo.–Cuídate mucho –concluye apenado.

Ella hace una mueca de sonrisa ante esa reflexión, pero nada más lejos de sentirse sonriente. Un gesto de resignación, interpreta él al descubrirlo por el rabillo de su ojo.

Ha llegado el momento y él busca reafirmarse mirando a un infinito inexistente. Prefiere no verla marchar. Oye el ruido de la puerta abrirse, lentamente, quejándose las bisagras. Y su corazón buscando casi salirse del pecho.

Ella, sintiendo el frío picaporte entre su mano izquierda, le mira allí, a veces cabizbajo a veces perdido, sabiendo que en el momento que aparte la mirada se obligará a no volverla atrás. Un pensamiento incontenible la recorre.

–¿Sabes una cosa? Me di cuenta que esto se había acabado cuando me descubrí intentando recordar la última vez que hicimos el amor de verdad, sintiéndonos, dejándonos llevar. Quizá ya no nos acordemos de lo que es realmente hacer el amor.

–Es una pena, después de todo lo que hemos sentido –dice él casi murmurando y sintiendo que las fuerzas le fallan. Más bien la valentía, reflexiona por un segundo.

Ella siente una punzada en el pecho que la atraviesa de arriba abajo. La misma que estos últimos días la asalta constantemente. No puede más, le mira un segundo, intenta ignorar ese dolor punzante y coge fuerzas, esas que ya no siente tener.

–Adiós –dice ella con la última brizna de aire que le queda dentro.

Él siente como una puñalada esa palabra que hubiera deseado nunca escuchar. “¿Y volverla a mirar antes de que se vaya? ¿Y abrazarla por última vez?”. Piensa él con la mirada todavía en el suelo. “Dos metros, eso nos separa”.

Ella se reafirma en su decisión de no mirarle más una vez que deje de hacerlo, y coge aire. Dos metros, una pequeña distancia hasta él y que resulta insalvable para abrazarle. Le mira fijamente, allí cabizbajo, con los brazos cruzados, y sin embargo siente que esos dos metros están al mismo tiempo recorridos por algo que no se puede explicar.

Él analiza por un instante la sensación que tiene en el pecho. No es presión, es como si una cuerda tirase de él, de sus costillas, intentando desarmarle. Por un segundo y tal vez fruto de esos pensamientos desbordados, se acuerda de aquella paradoja matemática del filósofo Zenón de Elea que aprendió en el instituto. Zenón cuestionaba el movimiento argumentando que para recorrer una distancia siempre había que caminar, como mínimo, primeramente la mitad y antes de esa mitad, la mitad de la mitad, y así infinitas veces, “demostrando” con ello que nunca se podría avanzar. Quizá, pensaba él ahora, esos dos metros estuvieran sujetos a ese viejo argumento y no hubiera posibilidad de recorrerlos.

Ella, ajena a ese pensamiento fugaz de él, sigue sin ser capaz de moverse. Casi ya no le queda aire y tampoco siente fuerzas de volver a tomarlo. “¡He de marcharme ya!” se azuza. El frío del picaporte. Las bisagras llorando. El aire que no entra. Los dos jodidos metros. Y casi sin darse cuenta, se descubre alargando su mano y convirtiendo esos dos metros en uno sólo.

Él ha cerrado los ojos, intentando apartarse del dolor de esas costillas que enjaulan los sentimientos y que resisten las embestidas de esa cuerda que tira y tira. Siente como si la distancia entre ambos se redujese. Pero ¿cómo podría pedirle ahora un abrazo más? Un abrazo como los de antes; como los suyos. “Aguanta” se dice a sí mismo. “¡Aguanta!” se repite de nuevo. Sus brazos se aflojan. Su pecho se queda sin protección. Ahora los ojos se mantienen cerrados intentado no descubrirse desarmado. No puede más. Esa cuerda le lleva a ella, le une. Esa cuerda...

¡Plash!

Se oye la puerta.

Se rompe la cuerda.

“¿Por qué no ha recorrido su mitad del camino? ¿Por qué no me ha abrazado?” se pregunta ella misma casi en voz alta, habiendo ya salido veloz de aquel lugar y dirigiendo sus pasos rápidos y de autómatas hacia la calle. “Él lo deseaba, lo he sentido, pero no ha querido. ¿Cómo ha podido reprimirse? No tiene sentido ya. No se puede hacer nada.”

Él ha abierto los ojos fruto del impacto de la puerta o fruto de su impulso hacia ella. No se puede creer que se encuentre frente a la puerta cerrada, sin ella delante. Al otro lado oye sus pasos alejarse. Sigue sin aire. Sus costillas parecen resquebrajarse. Cree hasta oír las crujir. Inmóvil, sin capacidad de reacción. Así se siente. Todos los recuerdos empiezan a asaltarle. Su cabeza, una olla a presión. Y sus brazos... caídos. Su pecho... deshinchado, desmoronadas sus costillas.

Ella llega a la altura del coche. Mientras busca las llaves en su bolso, tropieza con su móvil. Lo mira. Lo siguiente es un acto totalmente irreflexivo.

Vibra el móvil sobre la mesa de la cocina. Él da un brinco al sentirlo. “¡No puede ser nadie más!” piensa.

Una señal de llamada, otra, otra y otra.

“¿Será capaz de no cogerlo?” se pregunta ella enojándose a cada señal. “Va a colgar, lo va a hacer. No tiene sentido insistir” se repite. Y de repente oye descolgar el teléfono.

—¿Por qué no me has pedido que te abraze? —Dice ella enfadada antes de oír nada al otro lado.

Pero no hay respuesta. No la hay hasta que más allá de su teléfono oye unas pisadas corriendo. A dos metros se para él, con la respiración entrecortada, mirándola a los ojos, cómo si penetrase en ella, y con los puños, a ambos lados de su cuerpo, cerrados de tanta tensión. Ella le mira, desarmada, y deja caer el bolso al suelo y sobre él, el teléfono.

Dos metros, metro y medio, un metro, medio metro.

La mano izquierda de él alcanza su cintura. La derecha, sobre la nuca de ella. Ella se inclina levemente hacia él y sus brazos lo cogen por la espalda, con sus manos sobre las costillas. Sus cabezas se acoplan una al lado de la otra, con las mejillas y las orejas tocándose. Las manos de ambos ejercen una presión leve, pero justa, precisa, exacta. Él siente como su mano de la cintura lentamente recorre el pequeño diámetro. Bajo el vestido casi cree sentir la textura de esa piel tantas veces recorrida. La mano de la nuca, con las yemas sintiendo el cuello, el origen de su pelo, y como la cabeza se mueve al compás de una respiración profunda. Las manos de ella, sintiendo los surcos de las costillas, deslizándose y sintiendo que los dedos están a punto de colarse entre ellas y alcanzar su pecho.

Un instante en el que todo se detiene. Todo menos ellos.

Él mueve ligeramente su rostro para situar su nariz más cerca del cuello de ella. Descubre, casi sorprendido, ese aroma que tanto le había seducido en etapas anteriores. Siente como penetra en su nariz, y aspira más fuerte para que le llene los pulmones. Cree impregnarse de todo ese olor y siente como le recorre el cuerpo hasta alcanzar sus piernas, que por un segundo flaquean, y sus brazos, que se aferran a ella como salvación. Ella siente la respiración de él, más que la propia. Se pausa. Se deja llevar. Apoya su rostro en su pecho y siente su corazón. No late rápido, late fuerte, como si quisiera salir. Ella le presiona más con sus brazos. Tal vez, piensa, en uno de esos latidos ese corazón saltará y ella lo atrapará. Aprieta más.

Él se deja mecer por el suave vaivén que surge de las manos de ella. Entonces se da cuenta que esa olla a presión de su cabeza está desapareciendo, aunque aún continúa ardiendo, recordándole quién es y cuánto ha pensado en estos últimos tiempos. Sin embargo, en su pecho cree percibir algo diferente. Parece como si sus costillas quisiesen abrirse, sin resistencia, sin resquebrajarse. “Atrapado entre sus brazos y liberado al mismo tiempo” piensa mientras se dibuja en su rostro una sonrisa.

Ella no puede verle la cara, pero por un momento siente como si en el cuerpo de él algo se deshiciera. No sabe exactamente que está sucediendo, pero en su frente, donde él ha apoyado su mejilla, siente un leve movimiento que nadie ha de explicarle lo que es. Entonces, una de sus manos comienza a ascender por

su espalda y alcanza con sus yemas el cuello, y luego su pelo, entrelazándose con él, y dejando que lo surque hasta lo más alto.

Entonces él descubre cómo esa mano que ha trepado hasta su cabeza aprieta y afloja los dedos suavemente, una y otra vez. Descubre como el calor bajo su pelo se disipa.

Ella siente como él la aprieta más con su mano de la cintura, y la mano de la nuca se abre y tracciona ligeramente hacia arriba, como estirándola y arrancando definitivamente aquel dolor que la atravesaba. Se siente libre, y se deja llevar por esa mano que la guía unos centímetros más arriba. Su rostro con los ojos cerrados, se alza buscándole. Él vuelve a acoplar su mejilla, en este caso deja que su nariz lo lleve a escasos milímetros de los labios de ella. Siente como la nariz de ella exhala el aire, y deja que ese mismo aire sea atrapado por él en una inspiración intencionada. Ella siente la mínima distancia entre los dos, casi como nunca la había sentido. Casi más perceptible que con el tacto. Sabe que ambos respiran un mismo aire, compartiéndolo, dejando que llegue lo más lejos posible en sus pulmones, y difuminándose en cada célula. Sí, cada una de esas células de su cuerpo a las que les había ordenado que no perdonasen ni un error más de él, y a las que ya había obligado a empezar a olvidarle desde hacía semanas. Y ahora, sin embargo, totalmente llenas de él. Abre los labios; el aire se escapa por ellos, y él, descubriéndolo, busca captar la esencia que ella libera. Al capturarla, una reconfortante sensación recorre todo su cuerpo.

El leve vaivén vuelve a sorprender a los dos. Casi como un baile sin música pero al compás del ritmo de ambos. Ella inspira, él siente que aumenta la presión en su pecho. Él exhala, ella siente como se vacía.

Las manos parece que empiezan a derretir primero la ropa, luego la piel. Se sienten desnudos. Siguen esas manos deshaciendo cuanto encuentran a su paso.

Las costillas de él se abren atrapándola. El pecho de ella comienza a fundirse. Siguen con los ojos cerrados. Sólo sienten. Se estremecen al unísono. Él cree perder el equilibrio. Ella siente como si estuviera al otro lado. Atravesada, atravesado, atravesados.

El tiempo sigue detenido. Nadie les ve en aquella calle apenas iluminada. Nadie siente nada porque nadie puede darse cuenta de que las manecillas de cualquier reloj se han quedado inmóviles para que todos los sentimientos posibles se den en ese instante sólo para ellos.

Abrazados. Fundidos. Sin tiempo.

Uno, dos, o tres instantes después, una inspiración de ella se hace más intensa. El espira, como si continuasen con una respiración única.

Ella levanta el rostro y le mira.

Él abre los ojos pero continúa apretándola contra sí para asegurarse que esa magia no se pierda.

—Ahora puedo decir que verdaderamente he conocido lo que es hacer el amor —dice ella sonriendo—.

Él sonríe, convencido de que no puede haber mejor definición para “hacer el amor” que lo que acaban de vivir juntos.

Cualquier cosa más allá de ellos sobra, pero hace frío y él, con sus manos, lo siente también en el cuerpo de ella. De repente se acuerda de cómo ha salido corriendo de su casa y de cómo la puerta se ha cerrado tras él.

—¡No puede ser, me he dejado las llaves dentro!

Ella, por un instante se sorprende del comentario, pero luego, mirando su bolso que yace en el suelo, recuerda ese olvidado motivo que la había llevado hasta allí y le sonríe.

Él, al mirarla, se da cuenta de lo sucedido, y después de dibujar en su rostro un gesto de asombro y felicidad, la abraza aún más fuerte contra su pecho.

La calle sigue en esa íntima penumbra pero ya no reina ese silencio de un instante atrás y hay quien sale a tirar la basura sin ni siquiera detenerse a observar si hay alguien por allí. Incluso algún coche atraviesa fugazmente la calzada atreviéndose, ignorante de lo acontecido, a iluminar por instantes el lugar donde todo ha ocurrido.

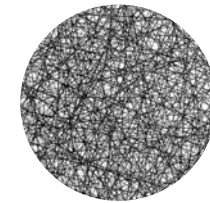
Y es que, piensan ambos en silencio mientras caminan abrazados, “el tiempo” parece que ha decidido volver a hacer funcionar los relojes al ritmo acompasado de sus segundos, pero esta vez orgulloso de haber sabido detenerse en el momento preciso para hacerles comprender que los argumentos matemáticos no entienden de sentimientos y que por ello el verdadero motivo de su encuentro estaba a mucho menos de dos metros.

La culpa fue de los peces de colores

de

Julia Lamo Herrero

Tercer Premio



Ruth

La culpa ha sido de los peces de colores. Por ellos estoy emancipándome de la soledad a través de unas palabras que para otros no son más que letras. Letras amontadas sin sentido alguno las que para mí son el alivio del alma.

No sé como ha sucedido, pero aquí estoy mirando la pantalla del ordenador y alimentando a unos peces virtuales. Hace semanas que me entretengo cada noche con este juego y he conseguido cinco acuarios propios. Estos peces ocupan mis horas libres en casa y algunos minutos cuando accedo al juego desde el trabajo. Me gusta cuidar de ellos, elegir sus apareamientos y espero impaciente la llegada de nuevas crías. Pero lo que más me gusta es decorar las peceras: colocar plantas acuáticas, miniaturas de réplicas de monumentos, cofres que escupen burbujas... Es una forma de seguir ejercitando mi creatividad incluso en las horas libres, como buena publicista que orgullosa y –objetivamente– soy. Me gustan estos animalillos virtuales y me causan pequeñas satisfacciones. Incluso en la noche de este martes de mayo me hacen compañía. Es curioso, porque nunca me han gustado los peces. Jamás los había tenido, ni siquiera cuando de niña era todo un lujo enseñar esa pecera redonda con tres pececillos naranjas que apenas duraban dos semanas. Me parecía absurdo alimentar a unas criaturas desagradecidas que no hacían más que ir de un lado a otro y ensuciar el agua cristalina. Pero lo que más me molestaba era que no se percataran de la existencia de la persona que les daba alimento y las protegía. No soportaba que sobrevivieran en un mundo perfecto en el que no se preocuparan de nada más. Ni siquiera de mí, su dios que les proporcionaba la vida.

Pero estos peces de colores son diferentes: ensucian la pecera y enferman. También necesitan cuidados, pero son un pequeño imperio acuático del que yo, y solamente yo, moldeo sus vidas y las transformo como quiero.

O puedo acabar con ellos si me apetece.

Natalia

Hace poco que tengo conocimientos informáticos y no pasa un día, a lo sumo dos, que no encienda el ordenador, me conecte a Internet y bucee entre los entresijos que esconde la famosa red. Bucear, me gusta esa palabra. A todo el mundo le gusta averiguar, descubrir, ahondar. En definitiva, bucear. Bucear al leer un libro, excavando la tierra, analizando un compuesto químico... O bucear en la forma más literal, como están haciendo mis peces de colores. Hace una semana que empecé a entretenerme con ellos gracias a mi hijo que me enseñó el juego a través de una red social, y consiste en hacerse cargo de las mascotas virtuales, alimentarlas y tener su hábitat bien cuidado. Confieso, aunque me avergüenza reconocerlo, que en alguna ocasión mientras tendía la lavadora o limpiaba la estantería me han venido a la cabeza estos peces de colores. Quizás sea porque transmiten algo de emoción a mis días rutinarios que paso entre ropa sucia, aceite hirviendo y olor a lavavajillas.

No quiero echarles la culpa a los peces de colores, pero junto a ellos, todo tiene menos sentido. O puede que sea al contrario, que aquí delante de esta pecera de agua visible pero imposible, florezca el sentido de la realidad.

Ruth

Y aquí estoy ahora, con cuarenta y cinco años, delante de una pantalla de ordenador para dar de comer a estos seres de una realidad intangible.

¿Qué me ha llevado hasta aquí, hasta comenzar con un juego y sentirme dichosa por poseer unos peces de colores?

La soledad, la terrible soledad que domina mis días y mis noches. La mujer cosmopolita, liberal e independiente que dejó Valencia para mudarse a Bruselas, la de los caros restaurantes, la del gimnasio diario, la que se ríe de sus supuestos amantes, sólo se siente acompañada en una capital de Europa sucia y apática junto a unos animales que no saben que existe su dios.

¡Natalia acaba de conectarse a la red social! Cuánto tiempo sin saber de ella. Tiene una preciosa fotografía de perfil con su hijo. Ha sido una suerte coincidir con ella. Esperaré su saludo.

Natalia

Jon Ander acaba de levantarse de la cama, ha estado aquí y lo he llevado hasta su habitación. Vuelvo frente al ordenador para cuidar de mis peces virtuales. ¿Por qué estoy aquí en vez de contarle un cuento a mi hijo o ver la televi-

sión con mi marido? Me da miedo responder a esa pregunta, pero más miedo me da saber la respuesta y no importarme su motivo.

Aquí delante me siento poderosa y útil al crear una realidad forjada por mis propias manos. Puede que sea porque siento que este acuario es lo único que domino en mi vida.

¡Ruth está conectada!

Abro la ventana de conversación, pero no me atrevo a decirle nada. Quizás prefiere irse a la cama pronto. Esperaré.

Ruth

Dentro de poco será mi cumpleaños. Odio ese día, odio cualquier celebración, sobre todo la de Navidad. Cada año viajo hasta la casa de mis padres en Valencia para celebrarlo con mi familia. Durante esos días siento la protección y el apoyo, para después volver a Bruselas ante la envidiosa mirada de mis cuñadas. Salgo altiva de Valencia y vuelvo meditando a mi casa demasiado grande, a mi vida demasiado solitaria. En definitiva; sólo vuelvo para cuidar a mis peces de colores.

Pienso en Natalia que sigue conectada. Nos conocimos en el Instituto, después de que a su padre lo destinaran a Valencia. Desde el primer momento fuimos amigas, y aunque cogimos caminos separados, siempre nos hemos respetado y admirado. La última vez que estuve con ella fue hace dos años, en la Comunión de su hijo. Me alegró verla tan feliz junto con su familia que casi la envidié.

Me despedí de ella con un “hasta pronto” que casi se está convirtiendo en un “hasta siempre” al volver a la ciudad enigmática de Bruselas.

Podía haber elegido otra capital europea, Londres y París estaban dentro de mis planes, pero me parecían dos ciudades demasiado obvias, demasiado cotidianas. Yo buscaba otro destino, un lugar cercano pero a la vez original y casi estrambótico. Y cuando se presentó la oportunidad de seguir mi andadura profesional en Bélgica, no me lo pensé dos veces: Bruselas era el lugar ideal para demostrar que había triunfado.

Contemplo el movimiento de estos peces de colores que se mueven rítmicamente y me recuerdan a mi propia vida. Mis días se mueven entre la lluvia que golpea los cristales del coche, el rasgar del lápiz en el papel y esas cenas que de vez en cuando surgen por motivos empresariales. A menudo, mis colegas de trabajo me preguntan si echo de menos el clima o la comida española,

a lo que tengo que responder que sí, que por supuesto. Es una afirmación obligada, aunque en realidad me da igual, ya que sólo sé que llueve porque el movimiento del parabrisas me lo recuerda. En cuanto a la gastronomía, también venden en Bruselas huevos y patatas para hacer una tortilla, o arroz y marisco para cocinar una paella. Lo que realmente echo de menos es degustar estos platos con alguien y no en la soledad de mi casa immaculada. Inmaculada, como yo, al contrario de la pasional amante que suponen que soy. La gente supone muchas cosas, es fácil de engañar. Sólo hay que mostrar una vida agitada cuando es demasiado solitaria o unos peces de colores cuando en realidad son demasiado grises.

Natalia sigue en silencio. Si supieras cuánto te echo de menos, querida amiga...

Natalia

Escucho a Jaime lavarse los dientes. No me ha dicho que ya se iba a acostar ni me ha dado las buenas noches. Lo oigo entrar en la habitación de Jon Ander e imagino que está dándole un beso en la frente. Después se irá a la cama.

Me pregunto si he actuado correctamente dándole la vida a Jon Ander. Lo quiero tanto que me aterra la idea de hacerle daño por el simple hecho de que tenga que vivir, tal como siento yo por afrontar el día a día. Me produce pavor pensar que pueda sufrir, por él, por sus hijos, por la sociedad en la que le ha tocado vivir. Si me hubieran preguntado mi opción de vida, sin dudar hubiera dicho que antes que esta melancolía prefiero estar en aquel lugar eterno donde, hayamos vivido o no, algún día volveremos.

¿Ruth? ¿Ruth, estás ahí? Me da apuro hablarte para que no pienses que sólo cuento contigo en los momentos difíciles. Espero que desde ese rincón belga te llegue el deseo de iniciar una conversación con esta amiga que no te olvida.

Ruth

Detesto mi vida. No quiero estar aquí, no puedo soportarlo. En mi vida no existe nadie a quien le parezca importante, alguien por quien luchar. Incluso me da la sensación que el dios que me dio la vida se ha olvidado de mí. Y no soy como uno de estos peces de colores que son felices teniendo comida y la pecera limpia, pero ojala pudiera meterme dentro de ese habitáculo perfecto y ser como ellos. Sentirme satisfecha viendo como un ser prodigioso me provista de

alimentos, y con eso me bastaría para ser feliz. Pero en este caso yo soy el dios al que nadie protege.

Natalia tiene su familia que le espera cada noche y una vida tan llena de amor que hasta parece olvidarse de sus amigas.

Natalia

Observo durante varios segundos el nombre de Ruth en la lista de los usuarios conectados esperando que inicie la ventana de conversación. Si ella tuviera tiempo suficiente escaparía aunque fuera un fin de semana para verla. Pero imagino que estará demasiado ocupada. Clientes, negocios... ¡Quién fuera Ruth! Siempre de un lado a otro, con su Mercedes negro, esa gracia innata al caminar, esa lluvia como testigo de los besos apasionados con un amante que no volverá a ver cuando cese de llover.

Ruth

Quisiera que estas lágrimas viajaran directamente hacia la pecera que tengo delante de mí para formar parte de ese mundo perfecto. Así se disolverá también mi vida, como si nunca hubiera pasado, y formaría parte de algo más grande que ella misma. Ni siquiera estos peces sentirán mi ausencia, aunque serán los primeros en enterarse cuando noten la falta de atenciones.

Natalia, ¿no te llega el rumor de estos sollozos?

Natalia

Entro en la habitación para ver el rostro dormido de Jaime. Observo sus primeras canas y las arrugas que se le forman alrededor de los ojos. Me sorprende que sus labios no estén desgastados de tanto beso. Qué irreal me parecen ahora esas escenas de amor, esas noches de pasión donde aclamábamos al dios de la lujuria a gritos. Los detalles diarios, los besos espontáneos, los abrazos durante horas. El hombre que he besado, amado y confiado mi vida, se confunde ahora como un guiñapo adormilado entre la cama y la sábana.

Juego a los peces de colores. Hacen burbujas y parecen mirarme. Me miran, sí, pero no ven el hastío con el que enfrento en esta madrugada de mayo.

Ay Ruth, si supieras cuánta soledad recoge esta noche...

Ruth

Es tarde pero Natalia sigue en línea. Imagino que estará viendo algo en el ordenador con su marido, quizás un próximo viaje, alguna serie o película ¡qué se yo! Al fin y al cabo, compartiendo la misma pantalla que veo yo, pero con otra persona.

Natalia

Ruth, Ruth, si supieras cuánto lloré cuando decidiste marcharte... Nunca te lo dije. Sé que los gestos de cariño no te agradan demasiado. Tú eres tú, sin más, sin gestos ñoños y sin personas con las que tengas que sacrificar todos tus días. Si hubiera aprendido más de ti cuando te tuve cerca...

Ruth

Hice bien en marcharme lejos de casa. Todas las personas que quería acabaron comprometiéndose. Hasta tú, Natalia. Me apena que nuestras confidencias y nuestras promesas se hayan difuminado, como hace el tiempo con todo, y lo único que quede de esa unión sea el contacto por una red cibernética en la que ni siquiera hablas conmigo.

Natalia

Si tuvieras sólo cinco minutos para recordarme que sigo estando presente en algún lugar de tu alma...

Ruth

Maldigo el día que decidiste separar nuestros caminos y empezar una vida paralela a mí.

Natalia

La casa está silenciosa. Ni los sueños de Jon Ander ni Jaime se ven alterados porque yo no me encuentre en cama. En realidad no soy importante para ellos. Quizás cuando se den cuenta, y los días posteriores, piensen que su vida no tiene sentido. Pero se recuperarán. La gente siempre se recupera de estas cosas. Y si me quieren, y si alguien me ha querido alguna vez, tiene que dejarme marchar de esta vacía vida.

Ruth sigue ocupada.

Los peces de colores son mis únicos testigos. Testigos ciegos y mudos. Testigos eternos. Y deseo ser tan eterno como ellos.

Ruth

Odio a estos peces. Me recuerdan a mi vida, a mí. Ojala pudiera dar un puñetazo a esta pecera para que se den cuenta que el mundo no es tan perfecto como creen. Pero no puedo, irónicamente ellos no pertenecen a un mundo vivo aunque nos empeñemos en hacerles partícipes de nuestro día a día. ¿Formaré yo parte de este mundo vivo? Porque mi alma está muerta, más muerta que estos peces de colores que nunca han existido.

Natalia está en estado ausente. ¡Cuánto que te quiero! ¿Me quieres tú? Ya me da igual.

Me marcho aquí delante de la única compañía que he tenido. Ellos serán los únicos que sientan mi ausencia. Estúpidos peces de colores.

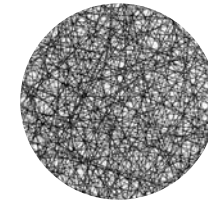
Los peces de colores siguen impasibles. Lanzas burbujas, se esconden, vuelven a la superficie. Nunca sabrán que sus diosas se han marchado tiñendo la pecera de color escarlata.

Un record borrós

de

Alba Cristina Benesiu Pueyo

Seleccionada



Un fort crit. Un altre colp. El cos es desploma i l'ànima plora. Ningú ho sap. Una veu que pateix per no parlar i una altra veu, les paraules de la qual ressonen, com un interminable eco, llargues i entrecruades. Un braç que s'alça a l'aire i un rostre que s'hi contrau. Tot acaba en un record borrós...

Pestanyege. El raig de sol traspasa la finestra amb una potent llum. Entorne els ulls i duc la mà dolorida al cap. Intente no pensar, desitge allunyar de la meua ment les imatges més cruels. Però no puc fer-ho... Estic cansada d'intentar-ho.

El matí s'alça fred, obscur, inquietant. Com altres tantes vegades, sent que tot està sumit en les més recòndites tenebres d'un abisme, perquè no hi ha eixida. Em trobe engavinada en una habitació sense portes.

Allunye la mà solcada per cicatrius del meu cap, a penes conscient, per a apartar la flassada. Al meu costat queda un espai buit, s'haurà anat a treballar enjorn. M'alce amb dificultat i tracte de no forçar massa l'esquena. Temptege el terra amb els peus.

Per què jo? Per què a mí? Sempre em faig les mateixes preguntes, no puc evitar-ho. No obstant açò, no trobe mai una resposta.

Un fort crit.

Què tranquil·la es troba la casa quan ell se n'ha anat. Al matí sembla un estatge abandonat sense sorolls ni portades. Però, a la nit, començarà de nou tot. La meua vida gira al voltant d'un fort crit. És el malson del qual no puc despertar-me.

Un colp sec.

Hi robe al fi les sabates. Camine fins a l'espill, situat al fons de l'habitació. Alce la mirada lentament. Sé el que hi vaig a veure. Hi sospire. El meu reflex

parla de la imatge d'una dona pàl·lida, amb el rostre destrossat pels diversos talls i arrapades, i amb el cabell cremat quasi per complet. Però també s'hi troven les marques dels turmells, del coll, dels braços i una cicatriu que profunditza a l'esquena com a testimonis de l'últim colp sec.

Un altre colp.

Òbric un calaix de la còmoda i en trac la caixa de maquillatge, la de tons clars. En prenc un poc amb el pinzell i l'empastife cuidadosament pel meu ull tancat a causa del colp d'ahir. Ho sabia: s'ha tornat d'un color violaci molt obscur, quasi negre. Aquesta vegada serà difícil disimular-lo. Però ja n'estic agafant pràctica.

El cos es desploma...

Recorde que l'altre dia viu a la televisió un programa sobre dones maltractades. Totes parlaven del mateix, totes havien patit igual o molt més. Em ve al cap alguns dels seus comentaris mentre el meu cos es desploma en el llit:

–No podria denunciar-li perquè ell tindria testimonis comprats en un judici...

–Les emprentes d'aquests fets no s'esborren mai, malgrat que hages de somriure cada dia, malgrat que la societat intente ajudar-te... És impossible oblidar-ho.

–Ells s'esglaiaven sempre que el seu pare alçava la veu, però jo els calmava i els deia que no ocorria res...

–Em sembla increïble que una dona que ha trobat el valor de denunciar-lo haja de tornar a casa amb el seu agressor.

–El que més ràbia em fa es veure que, en tots aquests anys, la situació no ha canviat res. Res.

Guarde novament el maquillatge i tanque el calaix. Després agafe la pinta i la pase pel meu cabell cremat. Encara em fa mal el colp. El cabell cau amb molta facilitat al més lleu sospir de vent, i trobe flocs per tot arreu.

...i l'ànima plora.

Deix la pinta sota la còmoda i és quan hi veig l'arrapada de la meua mà. Aleshores, la meua ànima plora sense consol. No me n'adonat fins ara: confonc molt les ferides recents amb les anteriors. Envolte amb benes les marques dels braços i turmells, procurant no alçar sospites que anuncien que una altra vegada he tingut un petit accident domèstic.

Ningú ho sap.

Què silenciosa es troba la casa, sense riures que corren en el vent. En moments com aquests, no sabria dir si m'alegre de no haver tingut fills o me'n penedeix. Tan sols sé que m'enfonsaria si sapiguera que un xiquet ens observa des de la porta de l'habitació, sense atrevir-se a entrar-hi, sense dir una paraula, perquè la potent veu que l'espanta apagarà la seua, mirant l'escena sense comprendre el que ocorre, però intuïnt-ho tot.

Baixe el cap perquè no suportaria que ell tan sols escoltara una veu tancada darrere d'altra mal disimulada. M'hauria resultat difícil seguir en peu si sabera que hi ha algú que pateix tant com jo. No podria continuar en aquest abisme sense llum. Al cap i a la fi, ningú ho sap.

Una veu que pateix per no parlar...

Encreue els braços sobre la còmoda i pense. Pense en la por que m'ha nascut dins, en el temor de que tota la meua vida siga igual, en l'angúnia de sentir que mai s'obrirà la porta de la meua presó... Recorde que una vegada vaig llegir alguna cosa pareguda. No puc acordar-me de les paraules exactes, però sí de les que més em van impressionar, perquè les va escriure una dona poc abans de morir, la veu de la qual patia, com jo, per no poder parlar:

Plore... aquella por.
Tot és dolç i terrible ara
recobrada la llibertat del meu somriure.
No puc encara que vulga somriure...
Haguí de denunciar aleshores la teua violència,
o agafar-te ganivet en mà.
Però ara ja és tard...
...afortunadament.
La meua por et va salvar la vida,
i la meua va quedar marcada pel teu ferro.
Plora,
plora sola ara,
per fi...
...aquella por.

Sé que aquestes frases les recordaré sempre, malgrat que intente oblidar-les en va, perquè sembla com si aquesta dona m'haguera conegut. Pense que no

és just que un ésser humà haja de dir això, que, fins i tot, tinga por de dir-ho. Tots hauríem de viure la vida al màxim, no balafiar-la consolar-se a si mateix i plorar quan creu que ningú li veu. Per això, estic cansada, cansada de suportar sempre el mateix, cansada quan arribe a la conclusió de que no sóc ningú. Jo no vull seguir així, no puc seguir així, però també és cert que només jo puc canviar el futur que m'espera.

...i una altra veu, les paraules de la qual ressonen, com un interminable eco, llargues i entrecruades.

Alce la mirada cap al meu reflex, cap a la meua trista realitat. Espere canviar-la. I sé el que he de fer per a aconseguir-ho.

Òbric l'aixeta i aconseguisc llevar-me el maquillatge amb abundant aigua. Deslligue les benes amb cura, però amb decisió, mentre sent la seua veu, les paraules de la qual ressonen, com un interminable eco, llargues i entrecruades.

Vull alçar-me demà i veure el sol eixir. Vull anar al carrer sense preocupar-me per l'hora de tornada. Vull sentir el batec de la veu del món. Vull sentir que sóc capaç de fer qualsevol cosa. Per què a tu no et succeix? Per què he de seguir callada? Què he fet per a merèixer això? És, potser, culpa meua?

Jo només vull ser feliç. Digue: és això demanar massa?

Un braç que s'alça a l'aire i un rostre que s'hi contrau.

Sé el que he de fer. I vaig a fer-ho. Si ho aconseguisc, potser el meu somni de sempre canvie, el meu malson s'esfume com una ombra sota la llum, perquè aquesta vegada hi haurà una veu que detindrà la seua mà, una veu que s'alçarà entre el rumor dels meus silencis, perquè potser el matí deixe de ser fred, obscur inquietant..., perquè ara més que mai anhele veure la primera aurora en la meua nit de turmentes, perquè vull que tot quede en un record borrós...

"Otra mujer asesinada en Valencia"

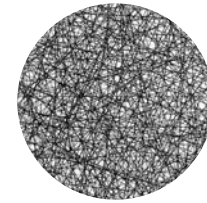
El Correo, 01 de diciembre de 2008

Mamarrachadas

de

José Alberto García Avilés

Seleccionado



Cuando fui a coger la maleta me dijo: "Si quieres, te llevo a la estación". Y no supe decirle que no. Entonces recordé otras despedidas, tan calladas como ésta, con el equipaje auestas, saliendo furtivamente en busca de un taxi, sintiéndome extraña entre los míos. Otras despedidas en silencio, sin hacer ruido, como quien huye a otra parte, fugitiva de los suyos. Y comprendí por qué le he ignorado todos estos años, por qué le he mantenido al margen. Desde que me fui de casa, he ido construyendo en mi interior mecanismos de defensa frente al mundo; pero de vez en cuando, alguien se acerca a mí y logra burlar esas defensas, sin percatarse siquiera de que existen. Cuando eso ocurre, tengo la sensación de encontrarme al borde de la vida misma, en una zona donde aun aquello más extraordinario se vuelve posible, y de hecho, ocurre.

En el trayecto mi padre puso la radio, su emisora favorita. Una voz masculina anunció con idéntica parsimonia las ofertas de un concesionario, las rebajas de una empresa de muebles y la próxima retransmisión de un partido de fútbol. Se trataba de una voz dulce, una voz en la que desde hace tiempo ya no creo porque me parece falsa y vacía, tan vacía como el mundo que me rodea.

He estado sola, tan sola, tanto tiempo invisible entre todos los que supuestamente me querían. Cuando caminaba por las aceras de la ciudad, cuando me hundía en la butaca del cine para que nadie me viera, cuando llegaba hasta la última mesa de la esquina de la cafetería para acabar a toda prisa el menú del día, cuando me aferraba lastimosamente al pasamanos del metro, en silencio, entre la muchedumbre. Y tú no te dabas cuenta, o no querías darte cuenta.

Los kilómetros discurrían más lentos que de costumbre. El calor atenazaba las ruedas al asfalto, ralentizando cada minuto. Conforme avanzábamos, densos nubarrones engullían la carretera.

Cuando viajo de noche, me fascinan las casas con las luces encendidas. Dentro hay vida e historias. Como las que prestábamos de niñas a las muñecas. Yo soy de las que se sonríen por dentro cuando eso ocurre. Suele sucederme en el coche, cuando creo ver un rostro conocido en el semáforo de la esquina,

alguien que va en un utilitario de segunda mano o que mira distraídamente, mientras espera el autobús. Digo que me sonrío por dentro, porque en realidad llega el día en el que esas cosas dejan de hacernos daño y podemos alegrarnos o sentir indiferencia, porque la vida no nos trató nada mal y porque uno siempre puede atesorar algo de cada persona, de cada relación.

Los recuerdos de mi infancia albergan largos paseos por la playa con mamá y Luisito, hasta la urbanización Polamar. Cogíamos caracoles y los usábamos como cebo para pescar. De Luisito aprendí a tensar la caña, a advertir el tirón y recoger el carrete enseguida, venciendo la resistencia del pez a cada vuelta. Un esfuerzo ímprobo para, en el mejor de los casos, acabar atrapando un pescadito esmirriado que sabía a alpargata. Le cogí miedo al agua una tarde que me picó una medusa. Noté una descarga repentina y el dolor se extendió por la extremidad hasta el pecho. Salí del agua pensando que había perdido el brazo, porque ya no lo sentía, y lloré con todas mis fuerzas hasta que mamá vino corriendo, el rostro demudado, me cogió y me apretó contra su corazón. Me dolía una barbaridad, como si una llama abrasara mi piel. Me aplicaron algún potingue y me prometieron que me comprarían un refresco. Al final, porque mamá le insistió, mi padre me trajo un helado de chocolate y fresa y esa tarde no jugué en la arena. Otros recuerdos me los guardo por el momento.

Se puso a llover. Insistente, la lluvia golpeaba el capó con goterones cuajados y duros que hacían *plof* y se aplastaban como bofetadas uno detrás de otro.

Durante aquellos veranos en la playa conocí a muchos chavales. Te engañan, te marean, se ríen de ti. También te puedes reír con ellos. De ellos no, es imposible, son demasiado rápidos. En esa época me di cuenta que yo nunca podría ser como ellos. Me di cuenta mirando a todos esos chavales cortados por la misma tijera. Los chicos futbolistas, algunos muy buenos, con un regate espléndido, rápidos, usaban las dos piernas para tirar a puerta. Con un toque de balón asombroso, controlando descalzos y con el balón mojado. Ya desde entonces sabían que encontrarían su vida resuelta. Las chicas, con sus bikinis comprados en la capital, que relucían empalagosas, tumbadas al sol. Pero yo detestaba ese moreno tan artificial que copiaban de las revistas.

Pegó un frenazo porque el coche que iba delante se detuvo de improviso. Entonces soltó una sarta de insultos que me da vergüenza transcribir. Siempre fue un hombre impulsivo, tremendamente seguro de sí mismo, a quien le gusta que las cosas se hagan como Dios manda, que viene a ser como a él le da la gana. Y si algo se torcía o se te ocurría llevarle la contraria, estabas perdida. Te embestía con la mirada primero y con los insultos después, hasta que quedabas hecha un guiñapo. No se trataba precisamente de un hombre agradable.

En mi barrio había un muchacho tristón del que las chicas nos reíamos nada más verle. Yo me reía sin ganas, la verdad, porque intuía –no me preguntes por qué– que aquel chico era una versión de mí misma que alguien había puesto en el mundo por alguna razón. Luego fui conociendo otras versiones de mí (la loca, la espabilada, la aventurera, la miserable), pero ninguna me caló tan hondo como la que representaba aquel muchacho triste. Por circunstancias que no vienen al caso, años después le conocí y, quizá para reparar aquellas burlas, salimos juntos. Aunque aquello apenas duró tres meses.

Ya no soy una niña, a punto de cumplir los treinta, aún con casi todo por aprender o desaprender. En ese tiempo fui a la universidad, malviví con sucesivos empleos ocasionales y pasé un año en Perú, trabajando codo con codo con los cholitos limeños. Desde hace algún tiempo, me gano la vida como restauradora de arte en una ciudad de provincias. He perdido el norte muchas veces, he ido dando tumbos, de un lado a otro, sin control. No han faltado las lágrimas, ni tampoco las alegrías; vamos, lo normal, digo yo. Tampoco hay que dramatizar. Cada día tengo la impresión de ser menos ingenua. Ya no me afectan tanto los olvidos, los compromisos rotos, los malentendidos... Parece ser que eso forma parte del juego. Sin embargo, si me paro a pensarlo, en el fondo me siguen escociendo.

En medio de todo esto he conocido a alguien que parece que avanza a la vez que yo, que sabe de qué hablo cuando no digo nada, y con una mirada intuye cuándo es preferible callar. Se llama Jorge. Sólo llevo con él un año, y después de este tiempo tengo la misma impresión que tuve en nuestra primera conversación, el mismo respeto que cuando se acercó y me dio el primer beso. Las mismas ganas, la misma inaudita confianza que surgió nada más conocerle. Y me sigue sorprendiendo que a pesar de las malas experiencias, de tantos deseos truncados, deposite otra vez toda mi esperanza en una persona nueva, y a la vez siga empeñada en dosificarla con mi gente de siempre, sin bajar nunca las barreras.

A mi padre le hice morir extinguiendo su recuerdo en mi corazón e impidiendo que el suyo albergara mi amor. Hasta entonces yo había vivido una vida prestada, en la que otros tomaban decisiones por mí. Llevaba una existencia de guiñol. Todos somos dependientes, pero yo era prácticamente un pelele. Siempre lo he sido, sólo que ahora me doy cuenta de hasta donde ejercía su control sobre mí. Dónde vivir, en qué trabajar, a quién querer, qué ver o con quién relacionarme. La independencia pura es una pantomima; pero entonces yo ignoraba el peligro de la existencia teledirigida, cuando uno acaba siendo víctima de las decisiones de otros. Uno mata en el corazón. Va dejando de querer, y un buen día, esa persona a la que años antes habías amado te parece un cadáver, porque en tu corazón ya está muerta. Así ocurrió con él.

Mientras conducía, a punto de llegar a la estación, tosió un poco, quizá por la humedad. Tenía aspecto de haber vivido a solas durante mucho tiempo. Ese aire de viudez o abandono que suele acompañar una existencia dedicada casi por entero a sus propios egoísmos. Todas las líneas de su cara acumulaban arrugas, producto de las preocupaciones, la fatiga, la desilusión. Parecía una persona abrumada por las dificultades. De vez en cuando su cara se ilumina un poco y quizá alguien advierta que hace años fue un hombre animado y alegre, pero que su alegría se ha ahogado entre el estrés del trabajo en la oficina y la bebida. Me recordó a una vieja atracción de circo, una tarde otoñal, un jardín en ruinas.

“La vida consiste en aprender a levantarse todo el tiempo de todas las caídas”, le gustaba decir a mamá. Levantarse un lunes para encaramarse a los viejos ideales y alzar bien alto los brazos para ser vistos desde aquel avión en el que nunca podríamos huir. Levantar el ánimo, las ganas; levantarse la falda para mostrar unas piernas blancas y calientes como el pan, piernas a punto de ser campo de siembra; levantar un mundo con apenas un poco de energía adolescente y una ilusión que no se marchite.

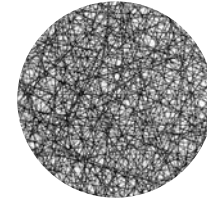
Cuando llegamos, aparcó y me ayudó con la maleta. Aún quiso acompañarme a sacar el billete y esperar el tren. Aquellos cinco minutos se me hicieron eternos. No tuve valor para decirle nada y él tampoco me dirigió la palabra. Respetamos nuestro mutuo silencio y me dije a mí misma que nunca más volvería a verle. Le dejé allí, solo, frente al andén, con la mirada perdida y el gesto desabrido. El futuro no viene en las cartas, ni en las estrellas, ni en los posos del café. Eso son mamarrachadas. El futuro lo escribimos nosotros mismos.

El funeral de Eva

de

Samuel Juliá Cristóbal

Seleccionado



Cuando le vi, hacía tiempo que sus ojos me observaban. Era un tipo bajito y barbudo, de unos treinta años, con un traje gris muy sucio y anticuado y una de esas gafas redondas que convierten en escrupuloso intelectual al más anodino de los mortales. Hubiera reconocido aquel rostro en cualquier parte, pero verle allí en el vestíbulo del tanatorio, bañado por la luz de aquel antipático sol de mayo, hizo revivir en mí unos sentimientos que creía haber enterrado para siempre. Aunque aparté la vista, él supo que le había reconocido. Sentí su presencia cadavérica pasando por detrás de mi espalda y colándose en la sala número doce, donde, tras un impenetrable cristal, dormía la muerta.

Aquella era una habitación muy triste, muy negra, rectangular, de unos diez metros de largo y cinco de ancho. Dentro habría unas quince personas, casi todos miembros de la familia de Eva y alguna que otra amiga suya, cuyo nombre nunca he llegado a saber. El silencio hacía que la habitación pareciera más pequeña, aunque todo el que entraba casi habría podido escuchar los gemidos de algunos corazones. Bastaba girar la cabeza y contemplar a la madre acostada en el sofá, con los ojos perdidos en el techo para no tropezarse, ni aun por descuido, con el fruto de sus entrañas allí expuesto para las visitas. Cuando Andrés entró en la sala, nadie debió de saber quién era, pues ninguno de los presentes le hizo ningún caso. Caminó lentamente hacia la muerta, como imantado por la luz de su belleza, y observó durante unos instantes su figura apacible aderezada en el ataúd abierto, sus cabellos brillantes bajo los focos de la gloria, sus labios inermes, inmovibles, que parecían no tener nada que decir. Permaneció así unos segundos y le vi darse la vuelta con el semblante muy grave, estirándose los dedos con incertidumbre, como si le faltara un sombrero con el que jugar. Sus ojos esta vez no se cruzaron con los míos. Andaba cabizbajo. Creí que iba a salir sin decir nada, pero antes se dirigió a la madre para estampar un beso en su mejilla y dio el pésame a la hermana y los otros parientes. Todos le respondieron con miradas de angustia.

Cuando Andrés salió, pensé que se había decidido a hablarme. Me observó de soslayo, sin decir palabra, y luego se acercó al libro donde los visitantes suelen escribir algunas palabras en memoria de la fallecida. Sentí un especial terror cuando le vi tomar en sus manos el bolígrafo y escribir unos versos, escribir con esa maña que tenían sus dedos para definir grandes pensamientos en pocas palabras. Andrés estaba muy triste, se podía decir que estaba a punto de llorar. Puede incluso que la lágrima que había en la página cinco fuese suya. Cuando le vi retirarse, creí ver destellos de su juventud en aquellos ojos diminutos, el reflejo de los días felices que se adivinaban en su mohín nostálgico, circunstancias que guardaba todavía en los escondrijos de su mente y de las que yo, pese a mis pesquisas, jamás tendría noticia. En aquel momento sentí lo que Andrés estaba sintiendo; incluso me compadecí de él. En cuanto le perdí de vista, me apresuré a tachar las palabras que había escrito, por miedo a que Eva resucitase de los muertos, las leyese y le dijera a todo el mundo que estaba enamorada de él. Después de todo, no estaba dispuesto a tolerarlo.

Acompañé a la familia durante todo el día, y tuve a la madre de Eva entre mis brazos un par de veces, creyendo, por un instante, que la abrazaba a ella, o a una parte de ella. Aquellos eran sus huesos, su espalda, su pelo, sus mismos pálpitos. Todo de otra forma. En mis brazos. También abracé a Elena, su hermana, que también se parecía a ella, y sentí un inmenso vértigo cuando, mientras lloraban sobre mi hombro y yo trataba de consolarlas, el rostro imperturbable de Eva me asaeteaba desde el ataúd. Deseaba que, de improviso, despertase de su sueño de una vez, que hubiese habido algún error en la prueba de defunción, que aquellos momentos terminasen con un final emotivo, novelesco, casi más bien de película. Las horas pasaron, pero la muerta no despertaba. Vinieron muchas personas a las que Eva no había visto en años y estoy seguro de que, de haber descubierto que se acordaban de ella, se habría sentido encantada. A cada visita que llegaba, la madre de Eva sufría como una fuerte explosión de llanto en su interior, derrumbándose en los brazos de alguien.

Hice noche allí, junto a la familia, cuando todos los rostros tristes fueron, al final del día, despidiéndose y desapareciendo. Quedamos en la habitación, de noche, sus más cercanos: la madre, la hermana y yo. Eva era huérfana de padre. Y ahora su madre sería huérfana de hija. El mundo casi había terminado para ella. Un empleado del tanatorio nos entregó las llaves, y nos dijo que si necesitábamos algo durante la noche no dudásemos en llamar. Lo dijo en tono muy bajo, como se acostumbran a decir estas cosas. Ya que las mujeres no podían hablar a causa de la tristeza, me encargué yo de cerrar la puerta. Dentro hacía tiempo que había caído la noche. La habitación estaba sobrecargada de un fuego invisible, una angustia apabullante que parecía dominar los aires. El silen-

cio reinaba en aquella salita lúgubre donde tres cuerpos rígidos acompañaban en los sofás las últimas horas del cuerpo de Eva.

Eva era muy hermosa, la mujer que todo hombre hubiera podido desear. Tenía veintiocho años, repartía sonrisas, lucía una discreta cabellera castaña y dos ojos como dos mariposas. Era alta, atlética, inteligente, divertida, amante de los animales y de la naturaleza. Estudiaba Medicina, hubiera sido una gran doctora. Su vida amorosa había sido, sin embargo, desafortunada, y yo tuve parte de la culpa. Aquella noche, en la que no pude pegar ojo, me fijé en que toda la familia se había dormido. Estábamos solos. Me acerqué un momento para observar sus ojos cerrados, su carne sin espíritu. Aquel cuerpo sosegado, que yo había visto en su más esbelta lozanía, en tantas noches estrelladas, en tantos paseos, dejando salir de su boca aquella fragancia fresca deliciosa. A mi alrededor, todo el rato escuchaba su voz, sus frases, la alegría de sus formas y sus entrañas. Recordé su primer beso en aquella cafetería mustia de Madrid, con la mirada fija en esos labios jugosos que ya no se movían. Aunque lloré como un muchacho, en su rostro parecía seguir habiendo un gesto de severidad, como de reproche. Ocultaba acaso un pensamiento que se había llevado consigo a las cavernas de la muerte. Ya nunca podríamos hablar.

Cuando vine a darme cuenta, llegó la mañana, y la misa ya había comenzado. Le había dado un beso a Eva, el último, antes de que la taparan y se la llevarasen. Ahora estaba frente al altar, mientras un recóndito cura ensalzaba con supremas alabanzas las virtudes y milagros de su extraordinaria y corta vida. Allí todos, mientras escuchaban el emotivo sermón, contemplaban la caja de madera en la que dormía su cuerpo. Sabían que ya nunca la volverían a ver, o acaso un día, en otro tiempo, en otras circunstancias, en el cielo, cuando ya no fuésemos nosotros, o fuésemos quizá nosotros por primera vez en la vida. Entre los que la observaban, Andrés era el que lo hacía con más cariño. Estaba en la segunda fila. Un lugar muy discreto para ser el único hombre que Eva había amado en su vida. Sentí cómo, aun a través del féretro, no dejaban de comparar miradas, intercambiar instantes memorables, decirse adiós. Me giraba constantemente para estudiar, de reojo, los ojos hiperbólicos de Andrés. Estaban tristes y húmedos; sus pestañas, descosidas y dispersas. Andrés había llorado aquella noche. Puede que no hubiese dormido. En efecto, la amaba profundamente. Era el hombre con el que ella hubiera deseado pasar el resto de su vida. Si esto no hubiese pasado.

La familia de Eva y yo fuimos juntos en el mismo taxi hasta el cementerio. Seguimos al coche fúnebre, prisioneros de una poderosa angustia, mientras el sol recalentaba nuestras cabezas con sus rayos melancólicos. No podíamos hablar, no podíamos dejar de mirar aquel coche desdichado que se llevaba a

nuestra Eva. Cuando entramos en el cementerio, curioseé entre las tumbas por si veía a algún conocido. Siempre es inevitable sentir respeto por esas lápidas llenas de nombres y fechas grabadas en la piedra. Aunque debajo sólo haya muertos. O quién sabe. Éramos un grupo de unas cincuenta personas alrededor del agujero. Eran las doce y cuarto de la mañana. Cuando descendieron el féretro, el cura recitó una oración. Todos miraron hacia abajo, aunque yo distraído espiaba lo que hacía Andrés, que seguía en silencio, enigmático. En el instante en que empezaron a echar tierra sobre ella sentí una honda soledad en aquel jardín místico y horripilante. Aquel ser angélico desaparecía tal como lo habíamos conocido. Si hubiera estado viva, en aquel momento, habría muerto en aquella caja. Ya nunca podría salir. Nadie la escucharía. Sus huesos vendrían a formar parte de la arena de aquel paraje, uniéndose espiritualmente a las imágenes que sólo a veces se perciben por las noches, muy de cuando en cuando, en los sueños.

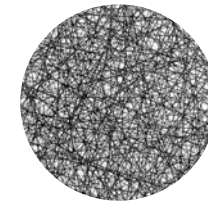
Cautivo de mis cavilaciones, sentí que una mano se posaba sobre mi hombro. Era la mano de Andrés. Examinándome a través de sus cristales sucios, me dijo a modo de consuelo que él la había querido mucho, pero que ahora se encontraba en un lugar mejor. Dijo que había sido una suerte que se hubiese ido, aunque no alcancé a entender por qué. Me quedé un instante observándole con la sorpresa del que escucha hablar por primera vez a un hombre al que se ha odiado con toda el alma. Charlando con él, de camino al coche, descubrí que el amante de mi mujer era un sujeto con el que habría tomado gustoso un par de copas. Cuando nos despedimos, quiso darme ocasión de comprobarlo. Intercambiamos nuestros números de móvil. Una semana después, nos reunimos en un bar del centro de la ciudad para hacernos confidencias. Estaba muy afectado. Creí ver el espectro de Eva encarnado en la figura de aquel individuo, en sus gestos, en la elección de sus palabras. Andrés la amaba como yo nunca pude amarla. Tuve miedo. Aunque pronto me di cuenta de que su corazón era inocente. Dijo que yo le recordaba mucho a ella, que había absorbido su alma, su esencia, hasta la última gota de su sangre, y que ahora yo debía vivir por los dos. Por los tres, supuse. Me dijo que nunca volviera a casarme, que ni siquiera me enamorase de otra mujer, que la dejase vivir en mis ojos, en el tono de mi voz, en mi silencio. Aquello me hizo reflexionar. Yo permanecí callado todo el tiempo. Después de un rato, se me ocurrió que ella debía de estar observándonos desde arriba. Salí del café pensando que ya nunca volvería a ser el mismo. Aquel día, y por primera vez en mi vida, me sentí culpable.

Fragmentos fisiognómicos

de

Iván Latour Guillén

Seleccionado



Adoro viajar en tren. Por eso durante muchos años he tenido la costumbre de desplazarme en este medio casi a cualquier sitio. Incluso he llegado a hacer algunos kilómetros más de los debidos para llegar a algún lugar con tal de no utilizar un medio de transporte distinto. No es que tenga una obsesión extraña con las locomotoras, ni tampoco se puede decir que aborrezca especialmente otros medios de transporte. Es más bien una cuestión de carácter, de comodidad, lo que me hace frecuentar los vagones del tren una y otra vez hasta para los trayectos más insignificantes.

No quisiera yo que se me tomara aquí como uno de esos individuos que llegados a una cierta edad empiezan a experimentar todo tipo de manías seniles y otros rasgos degenerativos ; no, mi conducta se encuentra muy lejos de esos síntomas y no en vano presumo a menudo de mi capacidad analítica ante mis compañeros de oficina, a los que suelo sorprender de tanto en tanto descifrando algún misterio o acertijo de los que suelen aparecer en las páginas más triviales del periódico.

Es por tanto una cuestión de carácter la que me hace amar el tren –quizá este verbo resulte hoy excesivo– y como buen amante dedicarle un tiempo que nunca escatimo. Estoy convencido de que una vez se ha encontrado algo que nos causa especial agrado, lo más conveniente es volcarse en ello sin ni siquiera tentar otros posibles caminos que nos pudieran parecer más satisfactorios. Así lo he hecho durante toda una vida y me enorgullece decir que ahora, cada vez que subo a un tren en uno de mis incontables viajes, me siento como si me envolviera en mi bata de estar por casa, los pies enfundados en unas pantuflas calientes, tan cómodo como un domingo en la tarde apoltronado en el sillón de la sala, con un cigarro puro entro los labios y al lado de mi querida esposa.

Con la edad se van perdiendo aficiones y se van ganando hábitos de muy distinta naturaleza. Yo mismo, tiempo atrás, era un apasionado de los dardos y siendo joven no pocas veces tuvo mi padre que recriminarme seriamente por malgastar demasiado tiempo en las dianas. Fue de esta manera como perdí muchas oportunidades que a buen seguro habrían cambiado mi vida. Me refie-

ro principalmente al hecho de no haber podido acceder a unos estudios universitarios. Durante muchos años justifiqué esta carencia en mi falta de capacidad intelectual, a la par que me congratulaba enormemente por haber conseguido, a pesar de ello, un trabajo como el que vengo desarrollando desde entonces. Es ésta una justificación muy común entre las clases menos privilegiadas, cosa que no es de extrañar pues debidamente suministrada suele ser tan dulce y sosegada como el aroma del último jazmín. Eso mismo experimentaba yo hasta que el hábito por la lectura, adquirido no hace mucho, me hizo dudar de aquel juicio tan temprano. No es que ahora me considere una eminencia, pero sin duda he ganado en poco tiempo un bagaje cultural y una mente analítica que ya quisieran para sí los imberbes estudiantes de filosofía.

Otro dato que quizá debiera destacar es que mi gusto por la lectura va íntimamente ligado a mi predilección por el tren y, de hecho, no suelo leer una línea si no es a bordo de mi compartimento, sentado cómodamente en mi asiento preferido, el que pegado a la ventana permite admirar el paisaje que se va dejando atrás. En ese mismo sitio he devorado con avidez a todos los clásicos y también a todos los nuevos autores destinados a recibir algún día ese calificativo. Nunca me ha asustado el género y así he disfrutado sin remordimientos del vodevil más ligero a la tragedia más negra, del relato a la novela y de la ficción al ensayo. Debo confesar sin rubor que si no es acompañado por el traqueteo metálico sobre las vías me es imposible enfrentarme al más sencillo cuento infantil.

Toda esta introducción no tendría sentido a no ser por el extraordinario episodio que sufrí hace un par de días. Me encontraba, como no podía ser de otra forma, a bordo de un tren y con un libro en mi regazo, pero dejemos de dar vueltas y vayamos directos al asunto que nos trae.

El libro que leía aquel día se titulaba *Fragmentos Fisiognómicos*, un ensayo del poeta, teólogo y místico suizo Johann Kaspar Lavater, en el que intentaba dar carácter científico a la fisiognomía, es decir, a la adivinación del carácter basada en el aspecto físico, especialmente en el rostro y en las protuberancias del cráneo. Es evidente que Lavater no inventaba nada: ese interés procedía de antiguo y encuentra su tratado más antiguo en la escuela de Aristóteles. Sin olvidar, claro está, a la ciencia de la frenología, y en especial la hipótesis fisiológica formulada por el anatómico Gall en 1796, que tomaba al cerebro como un agregado de partes en cada una de las cuales residía una determinada facultad intelectual, instintiva o afectiva. Afirmaba Gall y sus colegas frenólogos, que estas regiones de la corteza cerebral se encontraban tan desarrolladas cuanto más lo estuviesen las facultades mentales a las que se correspondían, por lo que eran capaces de describir moral e intelectualmente a un individuo con el simple análisis de su rostro y la forma de su cráneo.

Todo esto yo ya lo conocía gracias a anteriores lecturas, huelga decirlo, aunque el libro de Lavater recogía todas esas teorías frenológicas con un detalle novedoso y un enfoque apasionado que no por ello resultaba riguroso; así lo hacía por ejemplo al recrear el mapa craneal de Spurzheim, el travieso discípulo albino de Gall, que dividía el cráneo en 35 secciones, a cada cual más precisa; sin olvidar la localización de Cubí, más extensa aún si cabe que la anterior, al descubrir nuevas correspondencias para cada una de aquellas secciones. Pero Lavater no se quedaba ahí, obviamente. En realidad iba mucho más allá que ninguno de los antiguos maestros, al establecer un estudio frenológico mucho más amplio y extensible a todo el rostro y gran parte del cuerpo. Trató como nunca nadie antes había hecho la nariz y la boca, el contorno de los ojos, las orejas o la forma de las manos, por citar sólo unas cuantas partes significativas. Con una precisión casi obsesiva llegó a definir más de 5000 correspondencias entre esos rasgos y una determinada debilidad del carácter, una patología o una mera rutina mental, todo tan bien razonado y expuesto que resultaba muy difícil dudar que aquello no fuera la mismísima razón escrita.

Era tanto y tan creciente el interés que despertaban en mí aquellas páginas, que apenas tardé un par de días en acabar el gran tomo. Con la voracidad de un lector impenitente, devoraba palabras y más palabras, deteniéndome tan sólo en aquellas ideas más complejas y que por tanto requerían una reflexión más sosegada. Era entonces cuando levantaba la vista hacia el paisaje, hacia el verde profundo de la campiña, en busca de esas pequeñas pausas que todo estudio profundo hace imprescindible.

Cuando mi vista recorrió la última palabra de la última frase de la obra de Lavater, suspiré con agrado. No recordaba haber leído nunca antes un libro tan definitivo, un tratado tan profundo sobre la humanidad de la que todos formamos parte. Era como si un mago, haciendo uso de un truco de manos, hubiera descorrido la gran cortina que antes nos impedía la visión y que ahora dejaba a la vista la gran maquinaria de la vida en plena efervescencia. Era tan profundo el alcance de lo que se contaba en aquellas páginas, que me costaba creer que el mundo que me rodeaba fuera a ser el mismo una vez leídas las conclusiones de Lavater. Pero ¡ay!, esta primera sensación de júbilo fue enseguida enturbiada por un sentimiento de desasosiego profundo, de estúpida melancolía, como la que experimentan los borrachos al pasar de la alegría más ostentosa a la lucidez sobria en tan sólo unos segundos. No llegaba a entender del todo esa extraña sensación y de una manera inconsciente observé, quizá por primera vez desde que subiera al tren, a mis compañeros de viaje. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea que en tan mala hora tuve el placer de concebir. Primero lo acepté como un juego, como un pasatiempo que me hiciera más corto el trayecto de vuelta a casa. Se

trataba tan sólo, como ya se puede imaginar, de poner en práctica algo de lo descrito por Lavater en su libro y hacerlo, por qué no, con mis ocasionales compañeros de compartimento. Hasta entonces había aceptado la palabra del autor suizo sin ningún tipo de reparo, como por otro lado tengo costumbre de hacer con los autores que conocen mejor que yo un tema, pero ahora, con el libro leído y asimilado, tenía la posibilidad de comprobar allí mismo y en aquel preciso instante si sus argumentos eran acertados, bien una mera hipótesis sin ninguna base fáctica o acaso una mera falacia. Así que –debo reconocerlo–, el pasatiempo que acababa de idear se convirtió ya desde el principio en algo parecido a un reto lanzado al viejo Lavater y, ¿por qué no?, en un medio con el que podría incluso bajar de las alturas a alguien que quizás sólo había hecho unas cuantas conjeturas vistosas y no mereciera tal distintivo. Eso es lo que pensaba entonces y digo esto por pura precaución. No quisiera que se creyera que mi admiración por Lavater me condujo a ver cosas donde no había más que pura sugestión. Les puedo asegurar que en aquellos momentos nada me habría hecho más feliz que el descubrir lo equivocado que estaba Lavater respecto a sus deducciones. El hombre culto seguro que comprenderá esta sensación, este deseo tan antiguo como el hombre de derrotar al maestro cuando éste ya nos lo ha enseñado todo. Y fue con esa intención con la que empecé a observar con disimulo a mis compañeros de viaje.

Había a mi lado, al otro lado del pasillo, una mujer de mediana edad, de unos 35 años aproximadamente. Miraba un tanto ensimismada el paisaje a través de la ventana, así que pude observarla sin mayores reparos. Tenía una frente amplia y lisa, apenas curvada por los huesos frontales del cráneo. Sus ojos, ligeramente alargados, se reducían a una línea chinesca cuando el sol impactaba de lleno en ellos. La nariz resultaba un poco grande para un rostro esbelto, pero los pómulos, ligeramente felinos, y quizá la forma del peinado y el óvalo facial, conseguían no desequilibrar un rostro que, si bien no podía calificarse como bello, sí resultaba agradable y hasta evocador según como recibía la luz del atardecer. No tuve que consultar el libro para extraer una conclusión de todos aquellos datos: era una mujer serena, de vida y pasado apacible, con un carácter dócil y acomodado a la vida en el campo o en una pequeña ciudad rural. Sin mayores preocupaciones que el de una mala cosecha o el pago de una antigua deuda, su vida debía de discurrir sin mayores sobresaltos. Sin embargo, cuando ya había dado por concluido mi juicio, advertí algo antes había pasado por alto. No era más que un extraño titileo en sus labios, un leve mohín casi imperceptible pero que enseguida me hizo recordar un comentario de Lavater. Busqué la página en cuestión y no tardé en confirmar mis sospechas. Era, como había sospechado, un dato significativo. Según se exponía en el libro, la persona poseedora de tal rasgo sufría de manera ocasional ataques de ira, episodios

de suma violencia frente a determinados estímulos, explosiones de furia que no obstante cedían a los pocos minutos para dar paso de nuevo a la tranquilidad. Observé de nuevo a la mujer y nada más pude añadir a aquellos argumentos.

Fue entonces cuando descubrí el gran problema que presentaba el libro de Lavater, que no era otro que la gran dificultad que conllevaba la prueba de todas sus afirmaciones. Yo mismo acababa de dar por válida una deducción que podía ser tan equivocada como el mayor de los disparates. Y es que realmente nada tenía, aparte de una serie de rasgos y sus correspondencias escritas, para afirmar unos hechos tan precisos. El método fisiognómico era una disciplina apasionante, sí, pero me empezó a parecer más bien un divertido truco para aplicar a uno mismo o a sus familiares, un juego de adivinación como tantos otros a pesar de su base científica, pero inútil por completo a la hora de analizar una generalidad de rostros desconocidos de los que nunca sabremos nada más allá de nuestras propias suposiciones.

Me encontraba en este proceso de decepción cuando sucedió algo. El tren continuó su marcha dejando atrás una estación cuando la mujer que acababa de observar se puso en pie de un salto y, sin mediar palabra, comenzó a golpear violentamente la ventana que sólo unos segundos antes había contemplado con la mayor placidez. Al parecer el tren había pasado de largo la parada en la que ella deseaba aparecerse y no cejó en su rabieta hasta que el revisor, alertado por otros pasajeros, la hizo entrar en razón no tras pocos esfuerzos. El acceso de ira de aquella mujer de rostro angelical me dejó paralizado en mi asiento, y no sólo por el acto de demencia del que acababa de ser testigo, sino por la pasmosa claridad con que las predicciones de Lavater se habían materializado frente a mí. Todo encajaba a la perfección en el plan de correspondencias creado por el gran Lavater.

Aún no me había repuesto del todo cuando una nueva persona hizo entrada en el compartimento. Se sentó a mi lado, a pesar de estar libres el resto de asientos, sin mayores formalidades que un leve gruñido como saludo. El tren tras un bocinazo continuó su marcha.

Al principio no presté demasiada atención a este nuevo acompañante. Toda mi actividad en aquellos momentos se reducía a observar con admiración el libro de Lavater. Volví a recorrer las letras doradas de su cubierta como el que se recrea acariciando un tesoro encontrado bajo tierra. Tenía en mis manos un verdadero oráculo, un arma perfecta para diseccionar al ser humano, el instrumento tantas veces buscado para desnudar al hombre y su alma. No se me puede recriminar entonces que intentara de nuevo poner a prueba la infalibilidad del descubrimiento con mi nuevo compañero de viaje. Dudo mucho que alguien no hubiera intentado lo mismo en mi posición.

Fue así como decidí entablar una conversación con aquel extraño, pues tal y como se había sentado, no concebí otro modo más discreto para observarle de cerca. No hablamos de nada en especial, sino de las cosas habituales e intrascendentes que se suelen cruzar los vecinos de zaguán o ascensor.

–Ha refrescado un poco esta noche –dije yo, esperando una respuesta lo suficientemente larga para poder memorizar algunos rasgos. Después, pensé, ya no tendría que hablar más con aquel hombre.

–Sí, es cierto –respondió él, sin más.

Permanecí unos segundos a la espera de una segunda frase, pero a la vista de que ésta no llegaba, volví mi mirada hacia el exterior. No había tenido mucho tiempo, apenas el suficiente para conservar algunos rasgos característicos. Podía por supuesto volver a entablar conversación, pero la respuesta seca e inmediata del hombre y su actitud distante me parecieron motivos suficientes para no intentarlo de nuevo. Nunca se sabe el tipo de gente que puede encontrarse uno a esas horas de la noche. Además, mirando de soslayo, alcanzaba a ver las manos, lo que entonces me pareció más que suficiente para un análisis aproximado.

Busqué la nariz chata y su relación con el labio caído. Combiné el resultado con un cráneo irregular y ligeramente abombado en la zona occipital. A todo ello añadí un hueso malar muy desarrollado y una mirada vacía, como la de un muñeco con botones a modo de ojos. Las manos eran grandes y pesadas, pero curiosamente de dedos largos y en apariencia habilidosos. Eran datos más que suficientes, pensé, así que decidí abrir el libro y consultar el resultado.

Tuve que leerlo un par de veces y aún así no acabé convencido. Volví a hacer el recuento de los rasgos, incluso verifiqué cada uno de ellos mirando ya sin recato a mi acompañante, que en ese momento miraba hacia otro lado. Mi primer análisis no era equivocado y aquel segundo reconocimiento no me sirvió más que para confirmar mi primera impresión e incluso para encontrar nuevos rasgos que reforzaban aquel primer diagnóstico. Volví a leer el capítulo de Lavater y tras obtener de nuevo el mismo resultado comencé a temblar.

No era para menos. Aquel hombre era un asesino y un sádico.

Según Lavater, que parecía en aquellas páginas más seguro que nunca, se trataba de un tipo patibulario y taciturno, parco en palabras y especialmente sanguinario con sus víctimas. No necesitaba ningún motivo especial para cometer sus crímenes, le bastaba una pregunta inoportuna o una leve amenaza. Con toda probabilidad, continuaba Lavater con una precisión terrorífica, su arma preferida sería el cuchillo corto para los espacios cerrados y una gran sierra de leñador si actuaba a campo abierto. Según señalaba en el libro, su coeficiente intelectual no era mucho mayor que el de una amapola aunque, eso sí, mostraba una especial maña para desollar a sus víctimas.

Tuve que dejar la lectura pues el temblor de mis manos me impedía seguir la continuidad lógica de las frases. Empecé a balbucear palabras sin sentido e intenté convencerme de lo disparatado de la situación. Lavater me parecía ahora un osado y un irresponsable peligroso. Le odié por ello y durante unos segundos, tan sólo unos segundos, me convencí de que el anterior episodio no había sido más que un extraordinaria casualidad, una de esas cosas que sólo suceden una vez en la vida... Hasta que aquel hombre introdujo la mano en su chaqueta y sacó lo que a todas luces me pareció un cuchillo corto.

Me bastó entrever el brillo metálico de la hoja para explotar en un ataque de pánico. Como en una película ralentizada, observé con claridad como introducía primero su enorme mano en el bolsillo, como buscaba algo bajo la pernera de su pantalón y como, al fin, extraía con la delicadeza de un cirujano plástico un cuchillo corto de mango nacarado. En un giro insospechado la hoja afilada reflejó la cara del asesino y pude ver como con su lengua rasposa se humedecía la comisura de los labios. No creo que sea necesario reproducir ahora las contundentes palabras de Lavater respecto a tal gesto. Baste decir que el cuchillo volvió a girar grácilmente en el aire y que después de eso, toda la contención aprendida con los años, todo ese saber estar del que siempre había presumido, y que tan buena fama me había proporcionado entre mis compañeros de tren, desapareció en un abrir y cerrar de ojos y que me vi en el suelo, a los pies de aquel psicópata, rogando piedad y una muerte rápida. No intenté escapar, no, no me culpen por ello, era inútil intentarlo con un hombre tan diestro en el cuchillo corto. Tan solo podía gritar clemencia agarrado con fuerza a sus piernas, rezar mi última oración y esperar el corte final. Y así lo hice.

Tenía ya alzado sobre mi cabeza el arma que me iba a dar muerte, cuando un nuevo rostro irrumpió en mi mente con la fuerza de un relámpago en la noche. Era un rostro joven y tremendamente familiar. Podría haber sido el rostro de mi hijo o el de mi esposa, pues tan fácil me resultaba reconocer cada detalle de su fisonomía. Pero no se trataba de ningún familiar. Era, como enseguida supe, el rostro del revisor del tren, un rostro tan habitual para mí como el de un miembro de la familia. Y, ¡oh Dios mío! Aquella nariz aguileña, aquella barbilla prominente, aquella mirada sonámbula, aquel bigote encerado en las puntas. Las correspondencias de Lavater volvían a bailar su danza mágica en mi mente. Era sin duda el rostro de un héroe. El rostro de un hombre valiente para el que salvar la vida de otro hombre debía resultar un oficio corriente. Debía relajarme entonces. No había más que esperar su llegada. A buen seguro que ya había escuchado mis gritos y se encontraba en camino.

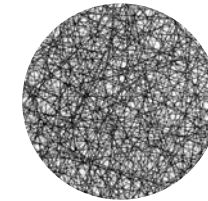
Tenía tanta confianza en el juicio de Lavater, que recibí los primeros pinchazos con la serenidad que se exige a un caballero.

Miedo

de

Ana Martín Carratalá

Seleccionada



El miedo es la respuesta que nos lleva instintivamente a alejarnos lo más posible de la causa de nuestro temor, pero puede ser a la vez la causa de que nuestra mayor pesadilla nos alcance incluso cuando no estamos durmiendo... Contracción de la musculatura, cinco sentidos alerta, piel de gallina, temblores... ¿preparado?, pues CORRE!... pero a veces sucede que nos quedamos inmobilizados, y lo único que resta es esperar las consecuencias...

Carolina nunca estuvo preparada para el miedo. Ya desde niña asimiló que no había que hablar con desconocidos porque podían hacerle cosas malas, que si se bañaba sin esperar las dos horas reglamentarias tras comer moriría por un corte de digestión, que si no se acostaba antes de las nueve vendría el hombre del saco a por ella...miedos de niña, pero miedos al fin y al cabo...

Pero, ¿quién dice que los miedos no puedan crecer al tiempo que lo hacemos nosotros? ¿Quién dice que no son capaces de madurar?... Los de Carolina lo hicieron. Evolucionaron tanto y se centraron tanto en un aspecto de su vida, que cambiaron la "M" de miedo por la "M" de muerte.

La Dama fría decidió visitar los sueños de aquella niña y convertirlos poco a poco en pesadillas que obligaban a hacerse preguntas sin respuesta: ¿Qué hay después de la muerte?, ¿Vagará mi espíritu por la Tierra o simplemente desapareceré?, ¿mi mente seguirá pensando y notaré mi cuerpo inmóvil sin poder hacer nada al respecto?, ¿Qué hará la gente cuando me vaya?... preguntas y miles de preguntas que poblaron la mente de la niña durante las frías noches de invierno y las insoportables madrugadas de verano. Preguntas que la hicieron caer desde el séptimo cielo hasta el más cruel y temible de los infiernos.

Pasaron años, psicólogos, psiquiatras y sábanas empapadas por lágrimas, hasta que una mañana, Carolina decidió poner fin a esa larga lista de preguntas sin respuesta. El broche para la elaborada meditación que había mantenido (muy a su pesar) durante años fue la pregunta: ¿Cuándo llegue mi hora podré decir sin temor a equivocarme que he aprovechado mi vida?

En el mismo instante en que el último signo de interrogación se dibujaba en su mente, una lluvia de palabras, ideas, conceptos –“aprender a tocar la guitarra, viajar a Nueva York, bailar bajo la lluvia, pasar la noche con un desconocido, pintar la habitación, robar en una tienda, tirarse en paracaídas...” y sobre todo, más preguntas, comenzaron a golpearle sin descanso. Eran los golpes de realidades obviadas por el miedo, ya que de tanto preocuparse por la muerte, se había olvidado de interesarse por la vida.

Esa misma mañana dijo basta. Se levantó de la cama con el olor a café recién hecho por su compañera de cuarto y con la imagen desde su ventana de un amanecer que ni el más virtuoso de los poetas podría haber descrito. El hecho de haber tenido aquella revelación, parecía haber cambiado todo su mundo...y este mundo le gustaba.

Cogió lo primero que encontró en su armario, o mejor dicho, lo primero que encontró medianamente planchado encima de la silla de su escritorio, recogió sus rizos en una coleta alta y bajó a la cocina dispuesta a comerse el mundo (y también los 2 muffins que había sobre la encimera).

Carolina decidió que ese primer domingo de Junio iba a hacer todas esas cosas que siempre había querido hacer pero su miedo no se lo había permitido, empezando por ducharse sin esperar las dos horas de digestión, y ¡oh, milagro!... seguía viva después de hacerlo.

Todo fue nuevo, diferente y especial aquel día. La primera cosa que recordó de su lista de tareas pendientes fue “tirarse en paracaídas”. Miró el reloj, las ocho de la mañana, pero en Madrid todo es posible, así que se dirigió rápidamente al salón (aún con la toalla enrollada en su cabeza) y buscó en las páginas amarillas.

Nueve de la mañana, y camino a Aranjuez en el destartado Ibiza de su compañera para dar el gran salto (nunca mejor dicho) hacia su nueva vida. Cuando faltaban pocos kilómetros para llegar al centro de paracaidismo se puso a llover y Carolina no lo dudó ni una décima de segundo: hizo a su amiga parar en el arcén, subió la radio al máximo (haciendo que se escuchase a Jara-be de Palo a varios km a la redonda), se bajó del coche y se puso a bailar. Fue una de las mejores experiencias de su vida. Las gotas de lluvia recorrían su rostro como si de caricias del cielo se tratase y la risa de su amiga, quien después se sumó a la particular fiesta amenizada por Pau Donés, solo hacía más especial aquel momento.

Diez de la mañana y llegaba la muchacha empapada al centro de paracaidismo. Un joven monitor de sonrisa burlona y ojos penetrantes la esperaba junto a las avionetas cuando Carolina se dio cuenta de que tenía delante a un desconocido con quien cumplir otro de sus propósitos. El desconocido le expli-

có que siendo una saltadora novata, la lluvia que descargaba sobre ellos no era la mejor acompañante para su primer salto, y la invitó a un café mientras esperaban que amainase.

Doce de la mañana, y sin saber cómo, Carolina y el desconocido estaban en una tienda de pinturas de Aranjuez robando un bote de azul cobalto para interiores. El café había dado para mucho, y puesto que la muchacha quería mantener a su monitor como un desconocido, en lugar de las típicas conversaciones de sobremesa, había optado por contarle sus tareas pendientes (entre ellas robar en una tienda y pintar su habitación).

Dos del mediodía. Con la adrenalina aun en el cuerpo tras haber conseguido el enorme bote de pintura de forma ilegal (escondido entre los monos y los paracaídas), llegó la pareja de desconocidos a Madrid, seguidos por la compañera de piso, que se había perdido un poco en el último desvío de la autopista.

Prepararon unos sencillos espaguetis con salsa de tomate y después, mientras la tercera en discordia se marchó a su cuarto a estudiar, Carolina y el desconocido llenaron la habitación con una ingente cantidad de plástico. Había plástico en el sillón, en el escritorio, en la cama, en los rodapiés, en el espejo, en los armarios...la habitación estaba lista para pintar.

Las seis de la tarde y los brochazos volaban de un lado para otra. Si uno le pintaba la mano a la otra, está le devolvía la jugada dibujando una letra en su espalda... Era un juego que acabó de la forma más previsible.

Diez de la noche y Carolina había completado otra de sus tareas pendientes, al menos relativamente: ¿podía considerarse pasar la noche con un extraño si lo que realmente había pasado era la tarde? Daba igual, estaba feliz, pletórica, llena de vida...Fue tal su estado de satisfacción, que poco a poco fue notando como sus párpados iban cayendo, como su cuerpo empezaba relajarse, como se entregaba al sueño, y esta noche, seguro que no encontraría en él más muerte ni miedo.

Era la una de la madrugada cuando un grito despertó a Carolina. Se levantó de inmediato, como si la cama le hubiese propinado una descarga eléctrica. El desconocido no estaba a su lado entre aquellas sábanas manchadas de pintura...El grito, había olvidado por unos segundos el grito.

Atravesó con 2 zancadas su dormitorio, se asomó al pasillo y se dirigió lo más rápido que pudo a la habitación de su compañera, pero ni siquiera llegó a entrar. Sangre. Estaba por todo el suelo del salón, y fue lo único que consiguió ver antes de alzar la vista y encontrarse cara a cara con aquel desconocido que portaba un cuchillo en su mano derecha. ¿Acaso no le había dicho su madre una y mil veces que no hablase con desconocidos? ¿Qué estaba sucediendo?¿cómo era posible?...

Fue en ese momento cuando el miedo de Carolina le impidió moverse, la paralizó. ¿Qué hacer en ese preciso instante?¿cómo hacerlo?... La muchacha veía como el desconocido se acercaba con paso firme, pero no podía hacer nada, ya que su cerebro le exigía que huyese, pero sus pies no tenían ningún interés en obedecer esta orden.

Cuando el individuo se encontraba tan solo a unos pocos metros de ella, su cuerpo pareció reaccionar. Salió disparada hacia su habitación e intentó buscar algo con lo que defenderse... Nada, no había nada al menos a la vista, ya que todo estaba recubierto por aquel maldito plástico manchado de azul cobalto... La única escapatoria era la ventana, pero el inconveniente eran los 3 pisos que separaban el alféizar del duro asfalto. No había escapatoria, debía elegir entre el frío filo de un cuchillo o el brillante asfalto.

Una de la mañana, y un minuto. Caer, solo caer. Nada de imágenes o flashes de tu vida... sólo el negro asfalto por debajo y el cuerpo flotando en el aire. Extrañamente tampoco había miedo, no daba tiempo a tenerlo... pero sí que había muerte, era inminente y Carolina lo sabía. Notaba la ligereza que adquiriría su cuerpo a la vez que experimentaba la terrible fuerza de la gravedad que la atraía rápidamente hacia su destino cruel. El silencio la rodeaba a excepción de una voz intermitente que susurraba su nombre y que no lograba reconocer... y de repente, todo negro.

Siete de la mañana, y su compañera gritaba su nombre y de vez en cuando un "otra vez llegamos tarde seguro". Había vuelto a pasar, un sueño más convertido en pesadilla por culpa de su miedo a la muerte. Otra vez la misma historia, pero cada vez con un final peor... Mientras empezó a cambiarse, iba jurándose a sí misma que se pensaría antes dos veces lo de pasar la noche con un desconocido, pero Nueva York sí, eso sí que tenía que hacerlo. Todo le había parecido tan real esta vez en el sueño que de verdad pensaba que había caído por la ventana donde ahora estaba apoyada.

Siete y media de la mañana. Desayunar deprisa no era la forma ideal que tenía pensada Carolina para empezar un bonito lunes, pero qué se le iba a hacer. Acabó su zumo de naranja, su café y su tostada y se dirigió al cuarto de baño para peinarse y cepillarse los dientes, mientras de fondo podía escuchar a su compañera acordándose de todos sus antepasados. Se paró delante del espejo y de repente, miedo. Esta vez si que era el único e inimitable terror que te deja inmóvil, y no parecía querer marcharse.

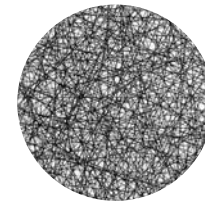
Ocho menos cuarto. Una gotita de azul cobalto en la mejilla.

El tiempo que pasa nunca llega

de

Virginia Mendoza Benavente

Seleccionada



Todo estaba por los suelos y cada vez más lejos. A Marga le importaba tan poco todo aquello que quedaba a la altura de sus tacones, que no quiso mirar hacia atrás, y, por eso, nunca sabrá que aquel día la taza que arrastró con la falda no se rompió, porque una luz amortiguadora así lo quiso. Tampoco sabrá que aquella vez, Augusto, tirado en el sofá con la mirada perdida, no derramó una sola lágrima y se limitó a dar vueltas en el vaso al último trago de whisky. Ya estaba acostumbrado a la efímera presencia de Marga y sus abandonos repentinos. Sabía que no merecía la pena sufrir, pero nadie movía los tacones como ella ni era capaz de fingir seguridad durante más de cinco minutos después de haber tomado una decisión hiriente; aunque sus decisiones nunca eran tales, eran arrebatos provocados por sus miedos que nunca le dejaron saber qué quería o qué necesitaba. Quería a Augusto, pero no estaba segura de necesitarle, y ese desconcierto la hería tanto como a él.

Tras el portazo, Marga dejó caer el cigarrillo consumido y marcado por el carmín, que fue a caer sobre un inocente gato callejero. El maullido que emitió el animal al sentir el calor sobre su lomo fue estridente y resonó en aquel callejón sin salida como el llanto de un amante abandonado que ve morir a la que unos segundos antes podría haber vuelto a ser su chica. Atravesó el olor que había dejado el camión de la basura como si de una barrera física se tratase y, en ese momento, pasó ante ella un coche con la música a toda pastilla. *El tiempo lo pudre todo, sólo lo bueno muere joven*, decía esa canción. “El tiempo lo pudre todo”, resonó en su cabeza, tan enlatado como aquel maullido en el callejón. Tras reflexionar sobre aquella canción, que bien podía ser la banda sonora para aquella escena de su particular película, se preguntó dónde dormiría aquella noche. Había tardado en plantárselo porque lo cierto es que no le importaba más allá del frío, que comenzaba a arreciar.

No hacía tanto tiempo que disfrutaba de las noches sentada en algún banco del parque, mientras contemplaba las estrellas cada vez que necesita-

ba estar sola. Ahora todo aquello le resultaba lejano e inconcebible porque esta vez no tenía la tranquilidad que da saber que hay un lugar al que volver. No obstante, volvió al banco de siempre, contempló las estrellas y tuvo la impresión de que ya no resplandecían como antes. “¿El tiempo también pudre las estrellas?”, se preguntó. Una ráfaga de viento le hizo pensar que el aire olía a frío y agua, y el relente comenzó a alcanzar sus huesos. Decidió pasear para que el movimiento calentase su cuerpo y se dirigió hacia ningún lugar. Sólo una luz encendida tras una ventana indicaba que en aquel lugar aún había una presencia humana que no fuera la suya, pero cuando pasó junto al edificio, la luz murió en la oscuridad de la noche. Una gota resbaló por su mejilla: había empezado a llover y tenía que encontrar algún lugar donde pasar la noche. La ciudad se había convertido en un sitio fantasmal donde sus esperanzas de dormir bajo techo dejaron de difuminarse cuando encontró un cajero automático en el que había un mendigo. “Al menos dormiré acompañada”, se dijo.

–Eres guapa, joven y hueles bien. ¿Qué hace una mujer como tú en un lugar como este? –dijo el mendigo, descubriendo una cara que no parecía estar predestinada a aquella vida.

Marga se sintió incómoda, clavó sus grandes ojos verdes en el cristal y su siguiente reacción fue tocarse el pelo, que se le había quedado pegado al mentón y se veía más oscuro y ondulado; al parecer llovía más de lo que creía, pero había estado tan ensimismada pensando dónde dormiría, que apenas advirtió el aguacero que se estaba dejando caer sobre las calles. Marga nunca supo que aquel chico barbudo que la atravesaba con unos intensos ojos verdes y que le sonreía cínicamente se llamaba Jorge. La impresión que tuvo de él fue contradictoria: era bastante rudo, pero sus ojos eran impactantes y su sonrisa seductora. No supo cómo tomarse aquella pregunta: por un lado, la había halagado, pero, en cambio, tenía la sensación de que aquellas palabras fueron de todo menos afables.

–Tú también eres joven, con perfume olerías bien y sin barba puede hasta que fueses guapo. Todo es apariencia, ¿entiendes?–Marga contestó sin responder.

–Salvando las diferencias, creo que los dos estamos haciendo lo mismo.

A Marga le pareció que el mendigo podía ser inteligente y que sabía cómo aprovechar su intelecto; su vocabulario parecía demasiado adecuado incluso para alguien culto. Marga siempre había asociado a los vagabundos con los jóvenes del barrio que se reunían en el parque a beber cerveza en horario de clase y con los que no se podía mantener ningún tipo de conversación.

–Desde hace unos minutos, yo tampoco tengo a donde ir. ¿Tienes hora? –preguntó sin saber por qué, ya que en realidad no le importaba.

–No uso reloj, prefiero ver que pasa el tiempo cuando sale el sol y cuando se esconde. Es menos impactante que ver una aguja en movimiento que se acerca a un final que nunca llega, porque cuando llega a ese punto, todo vuelve a empezar –el joven cada vez parecía más inteligente a la par que misterioso y Marga seguía sin conseguir encajar su imagen con su discurso.

–Eres un poco raro... –dijo al fin en tono suspicaz.

–Gracias, es lo más bonito que me han dicho en los últimos años. Suelen decir que estoy loco –además tenía sentido del humor, aunque se valiese de una ironía que Marga detestaba cuando provenía de otros.

–¿Y quién no está loco?

–Tú haces demasiadas preguntas –el joven había empezado a impacientarse con aquella conversación en la que ella sólo preguntaba, aunque nada de lo que se planteaba parecía necesitar una respuesta.

–Nunca he tenido nada claro. Por eso estoy aquí –dijo Marga agachando la mirada como si el peso de la culpa cayese sobre sus pupilas y decidió que lo mejor sería dormir –Buenas noches.

Marga abrió los ojos con esfuerzo, y se preguntó dónde estaba. Sólo advirtió que el sol quería salir. Segundos después, vio que Augusto, sentado junto a ella, la observaba arrepentido. Advirtió que el mendigo con el que había dormido ya no estaba.

–Vayamos a casa. Si lo prefieres, no seremos más que compañeros de piso, pero no puedo dejarte aquí –Augusto se mostró afectado y se sintió culpable al descubrir que la mujer a la que quería había dormido en un cajero envuelta entre cartones.

La joven aún tardaba en asimilar las palabras, necesitaba terminar de despejarse para conseguir que aquellos signos adquiriesen un significado y, cuando estaba a punto de responder, sintió algo áspero en la palma de su mano. Se descubrió sujetando un trozo de cartón en el que aparecía un número de teléfono y una nota: “Llámame. He conseguido algo de dinero y puede que dentro de un rato haya encontrado un lugar mejor al que puedas venir”. Una vez más, aquella canción en su cabeza: “El tiempo lo pudre todo, sólo lo bueno muere joven”. Siempre creyó que todo ocurre por algo y que si aquella canción permanecía en su cabeza desde la noche anterior, no era fruto de la casualidad. Concluyó que no podía volver a estar cerca de Augusto, que aquella ilusión estaba quemada, que necesitaba la novedad. Y acudió a buscarla.

–Lo siento, pero sabes tan bien como yo que no sería bueno para ninguno de los dos. Espero que te vaya bien, eres un buen hombre y no deberías

estar cerca de una mujer que no puede darte lo que mereces –dijo en tono tajante y salió del banco antes de que Augusto pudiese decir algo, si es que tenía algo que añadir.

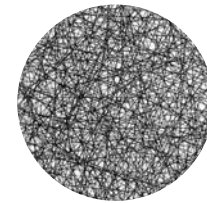
Jorge acababa de salir de la redacción en la que trabajaba, tras entregar un reportaje sobre la indigencia urbana en Barcelona. Estaba pletórico, deseaba ver a Marga, explicarle qué hacía aquella noche en el cajero y contarle que tenía un apartamento en el que ella podría dormir. Se había afeitado y, efectivamente, era guapo; a decir verdad, era muy atractivo. Ella no le reconoció, pero Jorge estaba en la acera de enfrente esperando que ella cruzase. Marga se frotó los ojos y, cuando terminó, no tuvo tiempo de ver nada. Ella sólo buscaba algo nuevo, y aquel camión acabó con todo mientras Augusto y Jorge desearon la propia muerte y sus respectivos gritos se fundieron en uno. Dos segundos le habrían salvado la vida, pero nunca llegaron.

Lo que nos queda por conocer

de

Natalia Moltó Llopis

Seleccionada



Antes de conocerle jamás hubiese pensado que un hombre y un gato podrían tener tanto en común. Pero eso pronto cambió, como muchas otras cosas y, cuando quise darme cuenta, se había convertido en mi mejor amigo.

Se llamaba Joseph, y al igual que yo, no tenía hogar. Era africano, originario de Bolondo; ciudad ubicada en la parte continental de Guinea Ecuatorial, y allí había pasado prácticamente toda su vida hasta que, cuatro años atrás, decidió venir a España en busca de una vida mejor. Una vida que, cuando se cruzaron nuestros caminos, todavía no había logrado encontrar.

Nunca supe cómo llegó hasta aquí, ni qué le llevó a hacerlo en el peor momento posible para emigrar a otro país con la esperanza de mejorar: en plena crisis económica. Quizá fue falta de información, o que nadie se esperaba que las cosas fueran a agravarse hasta tal extremo, pero el caso es que, por algún motivo de peso, Joseph decidió hacer un largo, duro y peligroso viaje para llegar hasta aquí. Y precisamente por eso; por todo el dolor que supone dejar atrás tu familia, tu tierra, tus costumbres y en conclusión, tu vida, para llegar a un sitio que no conoces y en el cual tienes que empezar de cero, con todo el esfuerzo que ello conlleva, Joseph no se merecía lo que vino después, y por todo lo que tuvo que pasar.

Lo conocí en una fría noche de febrero a altas horas de la madrugada, cuando la ciudad dormía y los coches, habitualmente en frenético movimiento, descansaban unos junto a otros en interminables filas de aparcamiento. Llovía y yo no era capaz de encontrar un vehículo que todavía mantuviese el motor caliente; refugio indispensable en noches como esas. Así que, decepcionado, seguí avanzando en busca de un techo en el que poder resguardarme. Y entonces, me llamó.

Con un rápido movimiento de cabeza, haciendo gala de mi agilidad felina, me volví y me quedé muy tieso mirándolo, erizando todo mi pelaje al instante. Era algo ya casi automático: muchas veces, los viernes por la noche me encontraba con niñatos ebrios que, por hacer la gracia con los amigos, la emprendían con quien fuera sin reparos. Por supuesto, yo incluido. Y era algo realmente

cruel. Pero esta vez me encontré con un hombre de dientes blancos y tez negra como el carbón; exactamente igual que la mía, que me miraba con ojos brillantes y la mano extendida. Estaba sentado al lado de un portal, bajo el techo de un balcón, y se cubría con un par de cartones y una manta con más agujeros que el queso emmental.

En circunstancias normales no se me hubiera ocurrido siquiera aproximarme, pero esa noche sus ojos eran sinceros y yo estaba congelado. No sin cierto recelo, me acerqué a paso lento y, finalmente, me dejé acariciar por esa mano ajada, que posteriormente me cubrió con su manta. Y en aquel momento, sin mediar palabra o maullido alguno, sentí ese cariño que la vida me brindaba en tan pocas ocasiones.

Después de esa noche, una cosa llevó a la otra y, en poco tiempo, dejé de ser un gato solitario. Al principio, nos encontrábamos a veces, y yo me apresuraba en restregarme por los bajos de su pantalón, en señal de afecto. Él normalmente me correspondía con caricias o, cuando se lo podía permitir, con algún pedazo de comida en buen estado que hubiese logrado encontrar.

A pesar de las diferencias (mi condición de gato, su condición de hombre), nos parecíamos bastante: ambos éramos solitarios, serios y reservados. Vivíamos en la calle, cada uno por distintos motivos: él, por haber dejado atrás todo cuanto tenía, y yo, por no haber tenido jamás nada. Además, los dos debíamos afanarnos en una competición voraz por la comida; cada uno, claro está, dentro de su ámbito. Joseph rondaba los contenedores de la zona todos los días, a eso de las diez de la noche, con un carrito de la compra que había encontrado meses atrás en ese mismo lugar. Yo cazaba ratones, merodeaba los parques (benditas meriendas caídas) y frecuentaba la casa de la señora Mercedes; una viuda de unos setenta años que, tres días a la semana, tenía el detalle y la bondad de sacar todas sus sobras y algo de pienso a la puerta de su casa: un manjar para los gatos del barrio que desaparecía en cuestión de segundos.

Pero entre las similitudes más características que nos unían a Joseph y a mí estaba el color; una simplicidad que nunca entenderé. Su piel era oscura, al igual que mi pelo, y para la gente, eso nos convertía en un hombre negro y en un gato negro. Quizá de tener un semblante distinto nuestra suerte hubiese sido otra, pero el caso es que muchas personas tienen asociaciones peyorativas hacia el color negro. A Joseph, algunos lo acusaban de venir a quedarse con el trabajo que no había (pese a no tener ninguno y, sin embargo, ofrecerse para realizar aquél que nadie quería hacer) y otros, de venir para mal obrar sin aportar nada bueno al país (cuando lo único que yo había visto en él era bondad y ganas de trabajar, al precio que fuera y en lo que fuese. Algo que muchos de aquellos que le criticaban deberían aprender). De hecho, me atrevería a decir que la propia

señora Mercedes hubiese preferido alimentar a todos los gatos de la ciudad antes que ofrecerle comida a él. A mí, en cambio, me perseguían las estúpidas supersticiones. Y, a diferencia de otros felinos, ensalzados simplemente por el hecho de ser gatos, en mi caso se me discriminaba tan sólo por el detalle de ser negro. Al final, la única conclusión que sacaba de todo aquello es que mucha gente prefiere asustarse ante lo diferente, que intentar llegar a conocerlo.

Creo que compartir ese sentimiento de soledad, exclusión y miedo, el hambre, el frío y todo lo que ello conlleva, sirvió para unirnos y hacernos más fuertes. Yo, que siempre fui un gato independiente y esquivo, acabé buscándolo día tras día entre contenedores. Y así, yo, que jamás tuve dueño ni identidad, acabé por responder al nombre de Chance (que, para colmo, significa "suerte o fortuna"; algo que escaseaba en nuestras vidas).

Pasábamos casi todas las noches juntos: él buscaba algún lugar que resultara un buen cobijo y yo me acurrucaba a su lado, contento de dormir al calor de otro ser vivo y no debajo de un coche que podría volver a arrancar mientras yo descansaba. Me gustaría decir que siempre nos dormíamos mirando las estrellas, pero a veces, parecía que hasta la luz del cielo había decidido apagarse para nosotros. Sin embargo, las palabras de Joseph me transmitían toda la tranquilidad que la rutina me robaba: con una sonrisa brillante, me hablaba de su ciudad; Bolondo, y de sus casas bajitas y rectangulares, del río Muni, de los bruscos cambios de tiempo, de lo valientes que son allí los niños, de la magia que encierran las noches guineanas... Lo que nunca me dijo es si había dejado atrás a una familia, cuál era el precio que había tenido que pagar para luego recibir tan ingrata recompensa. Joseph me hablaba de su tierra y de sus costumbres; un mundo que tuvo que abandonar en busca de una vida mejor. Y yo, que siempre me había quejado de mi condición de gato callejero, me di cuenta de que la felicidad se encuentra en pequeñas cosas como esas. Y lamenté profundamente que él hubiese tenido que renunciar a las suyas.

En una ocasión, un viernes por la noche de esos que yo tanto aborrecía, unos chicos borrachos se toparon con nosotros, y yo corrí a esconderme lo más rápido que pude. Logré escapar, pero Joseph no. Oculto tras unos matorrales del parque, asistí, atónito y sin saber qué hacer, a la situación más amarga e injusta que jamás hubiese alcanzado a imaginar: cinco contra uno, cinco contra Joseph. Apenas se defendió, y yo poco podía ayudar en aquella ocasión. Cuando se cansaron de golpearle, se marcharon entre risas, y yo corrí hasta mi amigo sintiéndome un cobarde. Ante tal impotencia, sólo se me ocurrió lamerle las heridas.

Las lesiones cicatrizaron poco a poco, pero no sin dejar una oscura huella en aquellos ojos tan brillantes. Fue un invierno frío, y nos las apañamos como pudimos. Joseph siguió intentando conseguir trabajo sin éxito y continuó rebuscan-

do en la basura para comer. Por las noches, yo viajaba a Bolondo una y otra vez.

Con esa rutina pasó la primavera y llegó el verano. Y un buen día, Joseph desapareció. Como cada miércoles, yo había ido a casa de la señora Mercedes en busca de algo que llevarme a la boca. Después, había dedicado parte de la tarde a perseguir a unos ratones más rápidos de lo habitual y, cuando anocheció y me dirigí hacia los contenedores, no logré encontrarle. Anduve por los portales donde más noches habíamos pasado y miré en los callejones donde nos solíamos ocultar del mundo, pero no hallé más que viento. Nunca volví a saber de él. Así pues, de igual manera que Joseph había entrado en mi vida, salió; sin hacer ruido ni mediar palabra.

Al principio no me resigné, y seguí buscando durante días, pero él jamás apareció. Con el tiempo, acabé por aceptar que había perdido a mi amigo; el único que tenía. No sé qué fue de él: quizá encontró un trabajo por fin, o puede que simplemente decidiera probar suerte en otra parte. Tal vez tuvo un accidente o quizá, al final, encontrase un modo de volver de nuevo a su añorada Bolondo. Aunque la verdad es que posiblemente lo descubrieran y acabaran deportándolo. Es algo que desconozco. Pero, pasara lo que pasase, sólo espero que las cosas le marcharan mejor de lo que me fueron aquí. O al menos, eso me gusta pensar.

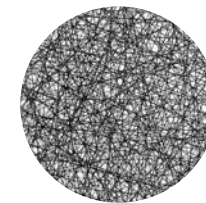
Aprendí tantas cosas importantes de él que, si pudiese cederle las 6 vidas que me sobran, no dudaría en hacerlo ni un solo segundo, tan sólo para que olvidase lo dura que fue ésta. Porque al final, las diferencias son inexistentes, pues todos tenemos algo en común: estamos vivos y sólo tenemos un mundo que compartir. Puede que, si la gente se esforzara un poco más en conocer al otro, en vez de juzgarlo, condenarlo o incluso matarlo, Joseph y yo podríamos seguir siendo amigos, aquí, en Bolondo, o donde quiera que fuesen a parar nuestros pies y patas. Libres, por fin, del destino que nosotros mismos nos imponemos con nuestros estúpidos prejuicios y ridículas fronteras.

Los ópticos

de

Dimas Pardo López

Seleccionado



CAPITULO 1: Las cifras que hay en mí.

Me duele la cabeza y me duele de una forma tan extraña que puedo tardar ocho páginas en contarle.

¿Cuánto puede aguantar un sujeto evadiendo sus responsabilidades, eso sí, de una manera estratégica para que su amanerado Pepito Grillo interior lo deje en paz? Antes tenía a mamá. Esa gordita niña de cincuenta y tantos que me perseguía con una plancha o un almirez o lanzándome pinzas de plástico por el pasillo hasta mi cuarto para que arreglara de una vez este problema yendo a algún oftalmólogo con licencia. Mi hermano Carlo lo era. Pero en casa todo el mundo sabía que era demasiado tonto. Nunca nadie se lo dijo a los profesores que lo aprobaban, claro está. Mi padre le hacía la raya al lado, le daba una palmada en la espalda, lo mandaba a clase y pensaba para sí: "Ojalá nadie se dé cuenta". Yo, he podido eludir durante años esta especie de deficiencia en los párpados y en los ojos. Y si me ha sido tarea fácil eludir síntomas y dolores, imagina lo que he podido hacer con los estudios de bachillerato, las novias y los trabajos eventuales de cajero. Una vez tuve una planta, sólo le puse el nombre y me dediqué a verla morir.

He estado las últimas semanas robándole el pan y su hija, a mi vecino nipón del cuarto. Al que tengo en frente y encima en el patio de luces. Los traigo a los dos a esta caja de cerillas y les digo que está todo tan sucio y tan gris porque Ingrid, una limpiadora inventada, no ha podido venir esta semana. Con las barras de pan coló, pero con Sacha, la hija, sólo las dos primeras veces.

La tarde anterior, cuando Sacha entró tan sin hacer ruido como sin avisar a mi piso (yo siempre doy llaves de mi puerta a todo el mundo, así encuentro una copia tan fácilmente como pierdo otra), me encontró echado debajo de la cama, con las persianas bajadas y con dos almohadas taponándome los ojos, una por cada.

"—Puedes irte cuando quieras. Si me notas más intratable de lo normal y te sientes ofendida por ello puedes llevarte ese macetero con la planta seca que hay sobre la repisa y las pilas mojadas de la mesilla. Están sin gastar.

—¿Otra vez el dolor de ojitos, mi pequeñín?

—¿Mi pequeñín?! ¡Ale! Ni se te ocurra coger las pilas. ¡Vete!"

Y esa niña de quince años y de mentalidad rasgada como sus ojos, se largó dando un portazo con sus ceñidos pantalones rosas y sin mis pilas ni lvette en su macetero. "El dolor de ojitos" al que se refiere y su consiguiente e infernal dolor de cabeza es la dolencia que padezco desde que yo recuerde. Desde niño y sin razón alguna o por lo menos ninguna que yo haya leído o entendido en documentales, veo cuando cierro el izquierdo, con mi ojo derecho, cifras brillantes volando alrededor de las personas, como si fueran gaviotas aglomeradas por el olor a cadáver en las lonjas del embarcadero. O como las moscas cargadas de mierda en el culo de las vacas o sobre las tripas de los pollos degollados. Este hecho, el que parece tan pintoresco, no es el que me causa el daño, es sin embargo cuando los puntos están más cerca y apretados, cuando palpitan y respiran a la vez que las venas que tengo tras mi oreja derecha y que noto a punto de estallar, cuando ya por fin se distingue que son cifras y que deben tener algún significado para mí o para el portador sobre el que flotan mareándome, es cuando me destrozan la cabeza, aullando y serrando este insoportable dolor. No siempre pasa y pasa cuando yo decido guiñar de esa manera los ojos, a veces es simple curiosidad y la última vez, la que me retiró al frío suelo de mi piso y vino y se fue Sacha, fue cuando intenté ver las cifras que hay en mí.

CAPITULO 2: La casa de Casteloa.

Llevo como diez minutos aquí parado. Después de entender que no podría volver a mirar a la cara a mi oriental preferida si no hacía algo con mis ojos, algo para poder decirle que ya no pasaría más lo de echarla de esa forma de mi piso y que todo iría bien de ahora en adelante, añadiendo durante la disculpa no del todo hipócrita, diez horribles "pequeñitas" que la vuelvan a enganchar como aquella vez. Decidí para ello encontrar mi chaqueta e ir a ver al imbécil de mi hermano.

Pero como he dicho, llevo como diez minutos aquí parado, viendo a través de las impecables chispas de un escarapate de doble acristalamiento cómo su linda regenta, de la que posiblemente me haya entusiasmado, sube y baja con su uniforme corto por una escalera de hierro plegable para limpiar de polvo una colección de gafas de pasta con cordón.

Voy a entrar. Me ha echado un vistazo dos o tres veces. Voy a entrar antes de que dude un momento más si soy un extraño pervertido o un posible cliente con dinero.

Dentro de este sitio limpio me siento raro y mirándola a la cara más raro aún. Aunque esté tardando una inmensidad de segundos en contestar a sus "Bue-

nos días, señor” no puede haber posibilidad de ridículo en mi respuesta, estoy preparado, después de todo esto es una óptica, aquí arreglan la vista y yo casi muero del dolor la última vez que le guiñé el ojo a alguien.

–¡Qué bien se te da limpiar!

–¿Perdona? -dijo mientras bajaba las escaleras.

–Quiero decir... debe de ser difícil eso de pasarle el trapo a toda la colección de Vogue infantiles sin que nadie te tenga la escalera,

¿Lo haces a menudo y sin que te aplaudan?

Ya estaba abajo y sonrió. Los ignorantes podían haber pensado que era un ángel que lleva años esperando que yo dé gracias a Dios, pero no, simplemente era una vendedora de gafas con una sonrisa bonita. Quizás, y a base de hacerla sonreír así, consiga que por alguna razón se empeñe en quedarse enamorada de mí. Como no lo harían los ángeles y sí como ella.

–Aquí paso más tiempo que en cualquier otro sitio, es normal que le pase un paño de vez en cuando. Es como mi “dulce hogar”, ya me entiendes. Y bien, ¿Qué te trae hasta mi casa, Extraño Pervertido?

Después de que me llamara “extraño perverso” sentí como si lo hubiera estado haciéndolo toda la vida. Había sido de repente mi apodo desde que era niño hasta ahora.

–Curioso, así me llamaban en el colegio, qué recuerdos... En fin, antes de que sigas con tu labor óptica de quitar el polvo, necesito que repares un momento en mis galantes ojos negros, me duelen.

–Pasa ahí dentro, Extraño Pervertido.

Apliqué mi sentido del humor en ese cuarto oscuro de todas las maneras posibles y ninguna le hizo gracia. Es más, cada vez contestaba con más desgracia y eso me deprimía y volvía a pensar en Sacha; ella sí que me entendía, tendría siete años menos que yo, pero aún así era muy madura, más madura que yo y por supuesto más que la chica insulsa de esta óptica. Quizá fuera más madura que mi madre el día de su entierro y todos los delegados que haya tenido yo alguna vez en clase:

–Pues ya está, ya puedes irte. No te veo nada raro, de todas formas ve a ver a tu hermano, intenta no decir la mitad de chascarrillos sobre él que has dicho aquí y quizás no te eche de la consulta. Luego puedes volver.

–No, todavía no, es un dolor muy grande, te lo juro, pero sólo ocurre cuando hago algo, algo en especial ¿me entiendes?

–No, no te entiendo. Seguro que otros extraños perversos sí, pero yo no.

La chica se impacientaba y el ritmo con el que la punta escarlata de sus zapatos apuntaba hacia la puerta indicaba que nunca saldría al otro lado de ella conmigo o que me cobraría las alfombrillas que vienen con los estuches de las

gafas. Sin embargo ella parecía esperar que yo le contara algo más, algo que intuía pero no quería oír.

–Está bien, escucha, no sé por que te voy a contar esto, ni entiendo como una vendedora de gafas como tú puede ayudarme, pero veo cosas, cosas que son parte de la gente pero que la gente no ve. Una especie de estallidos de colores y los puedo ver a toda potencia con mi ojo derecho cuando no veo con el izquierdo. Ahora que piensas que estoy loco. Dime, ¿por qué? Y ¿por qué este talento inútil pero psicodélico que Dios me ha dado duele sólo en ocasiones o cuando quiere matarme?

Me resultó increíble. Escuchó cada palabra. No me paró. Por muy a punto de llorar de lo imbécil que me sentía contándoselo, no me paró. Simplemente su cara fue cambiando. Ahora me miraba como si fuera un cachorro intentando salir de una caja de cartón. Esto no me gustaba más pero ahora por fin tendría mi alfombrilla para las gafas de regalo.

–Sé donde puedes encontrar todas las respuestas que buscas, chico.

Ahora. Junto al marco acristalado de la puerta principal sí parecía un ángel tendiéndome manos emplumadas, con toda esa luz farolera que ya caía en chorros a las siete de la tarde y que me había negado a ver hasta las nueve.

–Un momento, ¿sabes qué...? ¿Hay un sitio de respuestas? ¿No crearás que pienso que la poli es buena gente e irás a llamarlos?

Y puso entre sus dientes la mueca oficial de “lo tengo todo controlado”.

No la creía, no había podido estudiar tantos años, no había suficiente temario en quinto de su carrera como para tener esto bien cogido. Mentía descaradamente con todo su cuerpo pero eso era algo que mis ojos en especial le agradecían.

–Sí, voy a llamar a algo pero no a la policía ni a tu mamá. Algo que te puede ayudar en tu problema y que te calmará el dolor. Pero antes tienes que hacer una cosa por mí, es algo fácil, Pervertido, no te preocupes.

–Lo que sea. Había reducido mi apodo de “Extraño Pervertido” a simplemente “Pervertido”. ¡Qué zorra!, ahora que ya tenía mis próximos diez nicks pensados.

–Tu truco de magia. Hazlo una vez más. Después de todo, quiero ver como un chico tan guapo como tú les guiña el ojo a las señoritas.

No tenía por qué hacerlo. Por mucho que hubiera entonado aquellas palabras como si me estuviera bajando la cremallera y pidiéndome que me casara con ella a la vez, yo estaba demasiado traumatizado por aquello como para repetirlo. Pero bueno, imaginé que se mordió el labio cuando dijo aquellas palabras y no pensé en ningún porqué más. Al fin y al cabo, cuando alguien le pide a un mago que adivine su carta, el mago no se pregunta por qué razón quiere que le diga que es el seis de picas.

Y entonces fue cuando la vi a través de la sangre y la oí a través de los gritos. Creí entenderle: “Gracias” en un sufrimiento insondable que agarraba mis nervios como un puñado de cuerdas hasta bajar a las tripas y agujerearlas. Chillé como un cerdo por el congelamiento de mi cerebro y los relámpagos estancados en él. Iba a irme entre vomitonas y escuchándome gritar y viéndola irse encerrándose con dos vueltas de llave en aquella óptica de mierda. Ella se había reído de mí y huía, quizás a por los carniceros para que acabaran la faena, los tipos de los que había hablado si no era mentira todo lo que dijo. Con los ojos llorando sangre cada vez más negra golpeé la puerta una y otra vez, pero el estruendo de los golpes me destrozaba aún más y me quitaba las fuerzas. Mi nariz se unió explotando, mi lengua se plegaba cada vez más hacia atrás y los oídos estaban embotados por graznidos que venían de todas partes menos de atrás; allí estaba la oscuridad, una oscuridad blanca que me vería morir con lentitud. Fui al lugar de donde venían sus rayos y me encontré en el aseo. Allí lo llené todo de sangre y tiré espejos, baldas y todo lo que podía caer. Así por lo menos esa zorra tendría algo que recoger después de haberme hecho esto.

Intenté parar las vueltas que daba la habitación sosteniéndome al lavabo con los ojos cerrados. Mientras, el dolor se iba calmando, yéndose lejos y lento, como mis fuerzas, que menguaban a la par. ¡Mierda! me estaba muriendo. Aunque después de estrellar mi cabeza contra un espejo de cuarto de baño, morirse así era relajante, como hundir la cabeza en agua caliente y dejar que se esparzan tus sentidos en las hondas. Todo era bueno menos el hecho de que me habían matado. ¿Las cifras que vi en ella? Nunca las había visto antes. Como indicando una meta y un punto fijo de una forma alarmante, creo que las cifras necesitaban de todo ese dolor para mostrarme algo, pero por la postura cómoda que he tomado en el suelo no creo que lo vaya a averiguar nunca. De alguna manera en mi razón y de una forma categórica, apareció antes de morir, el nombre de aquella asesina rubia, Castelo. Y eso es todo. Bueno, aunque en los años que creí dormir, sentí también como algo se dormía encima de mí.

CAPITULO 3: La Muerte Corta.

Borrones a toda velocidad, naranjas, cetrinos... mientras un policía excitado con el asunto me levantaba del suelo teñido hasta la raíz, eso es lo que vi, luego en la celda, me explicaron todo lo demás.

Sólo me hicieron falta un par de chorradas burocráticas en comisaría para descubrir que seguía vivo, el resto era más difícil. Parece ser que la intención de Castelo era volver a por mí o a por mi cadáver y lo que sentí posarse sobre mi

pecho cuando estaba dando saltos por la oscuridad era ella. Porque Castelo murió, un cálculo en el cerebro, impredecible para su edad y su estado de salud según los forenses; se ve que aquella pedrada acabó con su mente justo cuando se encontraba sobre mí. Y eso es lo que me libra de la cárcel, que yo estaba muerto antes que ella y que nadie puede provocar cálculos en el cerebro de una forma intencionada.

Pero tampoco nadie puede ver como yo veo y eso ella lo sabía. Creo que maté a esa chica, para eso sirven mis ojos, eso es lo que suman las cifras. Yo la maté, pero ¿significaba eso entonces que ella quería morir? según Castelo, ella conocía bien mi secreto pero ¿y sus consecuencias? ¿Por eso me pareció oír “gracias” antes de que me encerrara allí? ¿Por qué iba a querer morir? ¿Por qué me duele entonces tanto al mirarme? ¿Por qué quiero morir?

CAPÍTULO 4: Los Ópticos.

Las tormentas de aire nunca duran mucho en esta ciudad pero ésta se estaba regocijando en mi dolor despeinándose durante esta semana de pensamientos y habladurías con mi cerebro. Andar, eso es lo que hacía, andar de una esquina a otra de la ciudad para darme la vuelta y volver a andar. Creo que no miré a nadie a la cara en todo ese tiempo, realmente tenía miedo de que le explotara la cabeza si lo hacía, también pensé en suicidarme pero eso era poco práctico para mi futuro. La gente de Cutters, “el poli malo” que se encargaba de mi investigación, me estuvo siguiendo como si fueran niños toda la semana, se escondían tras pilares y buzones, a tres metros de mí, con unas gafas de sol horribles que no podían aguantar ningunas orejas humanas. La verdad, era difícil no verles con aquel armatoste de colorines, por muy grande que fuera la cabina de teléfonos en la que se metieran para disimular. Como a mí ya no tenía sentido que me persiguieran, supuse que era por el hecho de que alguien entró en la óptica, nos vio a mí y a Castelo tumbados, llamó a la policía pero no se quedó para ver el final de la fiesta. Aquellos idiotas me estarían siguiendo por si mi ángel de la guarda volvía a aparecer cerca de mí, para interrogarle un rato y que no se fuera toda esta historia absurda por el desagüe sin dar algún palo de ciego más.

Pero a los ocho días de acelerar y decelerar el paso fui a hablar con Cutters, y él no sabía nada de esa gente, entonces fue cuando empezaron los malos rollos en mi cabeza y los temblores por la espalda. Cutters me tomó por idiota, como tenía por costumbre en el poco tiempo que me conocía. Yo pedí guardaespaldas y él me dio mi chaqueta y una palmada en el hombro. Me ahorré lo de darme la vuelta para insultarle, no quería ver cómo se reía.

Me vi corriendo cuando salí de allí, disimulando ser aquel viento, y como si tirara de ellos, mis tres sombras me siguieron.

Tres kilómetros en línea recta, eso es todo lo que puede correr un ex fumador perseguido. Durante esa serie de avenidas diapositivas con escaparates y extrañas señoritas a las que no podía pararme a mirar, pensé en qué arma oxidada utilizarían para degollarme o en la misma razón por la que lo harían, porque... en realidad ¿Por qué huía? ¿Y de qué?

Oí un sonido de dibujos animados cuando me paré de súbito y apreté los puños con la intención de darme la vuelta. Esos tipos tan extraños sólo parecían peligrosos a la carrera, con las veces que había levantado el sofá para coger el mando tendría la suficiente fuerza para enfrentarme por lo menos a uno de ellos, el resto huiría por la vergüenza ajena que produce verme a mí intentando agredir a alguien:

—Está bien, seguramente no será la primera vez que te lo digan pero, ¿por qué me acosas, *Cuatroojos*? —Le dije mientras notaba como se me aflojaban los pantalones por los temblores de las piernas.

—¿Por qué cree que me he tomado la molestia de seguirle hasta aquí, Sr. Way Farer? ¿Porque estoy en baja forma o porque tengo algo que contarle?

—¡Estupendo! ¡Pero si incluso sabe mi nombre! Pues no he tenido mucho tiempo de pensar con el flato, pero o me persiguen porque son ventajistas de las olimpiadas del barrio o son amigos de la óptica que intentó matarme y buscan acabar el trabajo.

—En una cosa no te equivocas, Farer, siéntate donde quieras, es hora de que hablemos un rato.

El extraño hombrecillo había provocado unas ganas de saber que me mantenían atento durante toda la conversación y el cansancio me hizo sentarme en el único poni de madera rojo y verde con un muelle rosa que había en el pequeño parque sin bancos al que nos había conducido nuestro maratón por la ciudad.

—Bien, Extraño Pervertido —dijo sonriendo y empujando para que se balanceara mi corcel— todo empezó cuando Castelo descubrió que su hermano mayor pasaba morfina a uno de los chicos con los que coincidía para ir a clase en la parada del autobús del instituto. Ella no fue directamente a sus padres o a amenazar a su hermano con contarle como haríamos todos los quinceañeros, ella era una persona inquieta y fue a por el chico, un irrelevante chico para todos los demás que de pronto se volvió importante para ella cuando éste le contó porque necesitaba la morfina. Ese chico de hace veinte años es la razón por la que tú estás aquí, Farer, ese chico tenía tu problema, veía guarismos sin explicación, guarismos que gracias a Castelo y a unos cuantos más descubrió que resumían el interior de los seres y daban una explicación a su esperanza de

vida, contándola, tal que un ábaco, Farer. Aquel chico y Castelo dedicaron su vida juntos a encontrar a aquellos que compartían ese don para unirlos en una explicación y a investigar que más podían ver esos ojos, porque cuatro ven más que dos ¿entiendes?

Como era de esperar tras muchas noches mirándose a los ojos, aquella pareja acabo junta y tuvo su propia familia, fueron felices en un mundo al que sólo ellos dos y sus hijos podían acceder. El grupo de gente con nuestro don aumentó y ahora continuamos unidos buscando la verdad que hay en nuestros ojos.

Pero hubo un problema, un problema que hizo que el chico abandonara a Castelo sin una explicación y ahí es donde entra la razón por la que ella hizo que utilizaras tus ojos para verla, aun a sabiendas de que te dolería tanto. Nuestros ojos, a cambio del dolor cercano a la muerte, pueden ver cuán cercana está la muerte al dolor de los demás. Castelo iba a morir y su hombre no tenía una forma de decírselo sin la que romper su propio corazón, y así fue de cobarde que la abandonó. Ella era la chica más lista que he conocido y era normal que sospechara, así que sólo necesitaba a alguien con tus ojos para poder ver la fecha en la que se iría, no encontró a nadie en la agrupación que lo hiciera porque di orden de que nadie lo hiciera. Sólo quería contárselo yo pero no encontré las palabras a tiempo, las estaba buscando cuando ella te encontró a ti, Farer, e hizo lo que tenía que hacer, así que te encerró allí y fue a una cabina a contarnos que un chico de poca altura y de rasgos varoniles con un vago sentido del humor tenía "la capacidad" y a despedirse de mí y de nuestros hijos, cuánto la eché de menos en ese momento y cuánto más podré echarla, tu descubrimiento es su último legado.

¿Entiendes ya porque eres tan importante para mí y posiblemente para la humanidad?

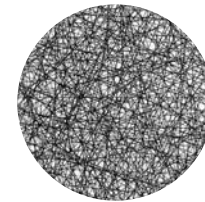
—Un momento, ¿ella dijo que yo tenía rasgos varoniles?

Matar a un dragón

de

Luis Torrús Cortés

Seleccionado



*Nací en tu nuca,
reiné contigo,
bebí tu sangre,
soñé dragones.*

A mi madre, mi padre y mi hermana

Parecía que jamás llegaría, pero hubo invierno.

Y los inviernos tardíos siempre llevan bordados en sus alas malos presagios, o al menos eso creía Satoshi Kitaro mientras esperaba intranquilo, sentado en el antepenúltimo escalón de aquella más que antigua escalera de madera, a que el médico terminara de visitar a su joven esposa enferma.

El corazón estaba a punto de destrozarle el pecho con su tremendo y desacompañado latido cuando una sombra abandonó la habitación superior y bajó las escaleras tan rápido que a Satoshi no le dio tiempo ni a levantarse. Hizo un amago pero la mano derecha del doctor en su hombro izquierdo lo dejó sólo en eso. Se miraron, el uno bajando la vista, el otro alzando la suya y sus pupilas pactaron un silencio de miedo y respeto. El médico simplemente apretó el labio inferior contra los dientes superiores y Satoshi asintió liberándolo de toda culpa.

La pena, tan terriblemente familiar ya, lo acompañó en su fugaz camino escaleras arriba hasta su enamorada. Dormía sedada. La acarició ligeramente desde la frente hasta la nariz con la parte de los dedos más cercana a los nudillos, negó levemente con la cabeza y lloró sin consuelo, por penúltima vez en su vida.

La conoció tiempo atrás en una tormenta y tardó más de un año en atreverse a besarla, fue en una playa, mientras paseaban. Voy a besarte dijo él, ni lo intentes lo desafió ella, ¿crees que el mar se pondrá celoso si te beso? Pregun-

tó él, debería contestó ella. Y se besaron y decidieron amarse sin ventaja, de igual a igual, para toda la vida. Pero ahora ella se moría, de una extraña enfermedad que llegó de repente, sin ni siquiera un mal viento que la predijera y que ningún médico, brujo o curandero supo diagnosticar y mucho menos curar.

Cuando ya la esperanza había pasado de ser la hermana gemela de la fe, a convertirse en lo que es, una palabra cobarde y maldita, Satoshi soñó tres veces en una misma noche.

En el primer sueño moría cruelmente mientras dormía, inmóvil, apuñalado por decenas de dagas invisibles que salían de ninguna parte. Sintió el dolor como verdadero pero no despertó. En el segundo creyó estar sentado en el jardín de casa contemplando como una pequeña pluma blanca se mecía en el aire mientras caía, pero cada vez que iba a tocar el suelo una sutil brisa la elevaba, la hacía girar y volvía a caer lentamente sin tocar tierra jamás. Y la tercera vez... la tercera vez soñó con dragones.

Eran cerca de una docena, entraban y salían volando de un lago haciendo un ruido ensordecedor y creando miles de destellos con sus escamas de plata. Pero no contemplaba aquel grandioso espectáculo solo, a su lado estaba el padre de su padre al que nunca conoció y este le dijo:

—Amado Satoshi, fíjate en el más majestuoso, ese que está más alejado de nosotros, es Tatsuryū, El Dragón Azul. Deberás ir a las montañas y buscarlo. Él tiene el don de la curación y sanará a tu esposa si le das lo que te pida a cambio.

—Pero abuelo ¿cómo lo encontraré? ¿Y qué me pedirá?

—Lo encontrarás si lo deseas de corazón, pero no sabrás lo que quiere de ti hasta que él te lo diga y deberás llevar mucho cuidado Satoshi, este no es un dragón benévolo como los demás.

Entonces el anciano se deshizo en el viento, los dragones se transformaron en lluvia y el lago en mar y su corta vida en una locura a la que llamó destino.

Al despertar sólo recordaba el último sueño. Dejó a su mujer a buen cuidado, preparó un equipaje ligero, tomó aire, miró al frente y así fue como Satoshi Kitaro, que jamás había creído ni en sueños ni en dragones, partió hacia las montañas a buscar el suyo, sueño y dragón.

Fueron diez días de duro viaje, nueve noches de miedo, ocho recuerdos baldíos, siete lobos sigilosos, seis miradas atrás, cinco recados al viento, cuatro cielos en calma, tres tormentas de odio, dos ríos sin nombre y un te quiero desgarrado.

Tatsuryū ya fue consciente de su presencia al séptimo día de viaje pero prefirió esperar, tal vez por diversión o tal vez para comprobar si el caminante traía compañía. Al décimo apareció por su espalda y le habló con voz de trueno:

–¿Qué te ha traído hasta mis dominios maldito humano?

Satoshi aterrado, pero a la vez satisfecho, se giró y respondió recitando las palabras que había memorizado durante el viaje.

–Alabado seas gran Tatsuryū, dragón entre dragones. He venido a buscarte porque sé que eres mágico y entre tus infinitas bondades se encuentra la de sanar. Mi mujer está gravemente enferma y necesito tu ayuda, sé que querrás algo a cambio pero he de decirte que soy pobre y no tengo oro pero aun así te conseguiré lo que me pidas.

–Estúpido humano –contestó el dragón. Soy el ser más poderoso de la tierra, nada querría de ti, pero si contestas con acierto a una pregunta tu esposa sanará.

–¿Qué pregunta es esa?

–Debes decirme cómo voy a morir –dijo Tatsuryū divertido. Si la respuesta es la correcta yo lo sabré en ese mismo momento y tu mujer se curará al instante, pero si fallas te comeré sin piedad insignificante humano. Y ahora ve, no me hagas perder más el tiempo, y vuelve dentro de treinta noches con la solución al enigma.

Y Satoshi regresó a casa con un único pensamiento en la cabeza.

A su llegada su compañera había empeorado, llevaba inconsciente desde su partida y todos creían que ya no despertaría. Cuando se quedaron a solas se sentó a su lado, le cogió la mano, la trajo hasta su frente y le habló. Le prometió que no dejaría que la enfermedad se la llevara. Le dijo que la quería, como siempre, sin coartadas, que de ella había aprendido que amar no es acostumbrarse y que intentara ser tan feliz sin él como él lo había sido con ella. Le dijo que lo perdonara por el dolor que aún le quedaba por sufrir, que fuera fuerte y que se agarrara a la vida un poco más y le dio las gracias por haberlo querido y, sobre todo, por dejarse querer. La besó en la frente, entre los ojos, en la nariz y finalmente en los labios y se despidió de ella entre lágrimas. Ahora debía marchar a matar a un dragón.

Antes de ir a las montañas estuvo varios días desaparecido. Fueron días de búsqueda y de preguntas, días de decepciones y desesperación y, finalmente, de certeza y determinación.

Rehizo el camino esta vez bajo el abrazo de una interminable nevada contra la que tuvo que luchar hasta la extenuación. Cuando llegó a su destino gritó el nombre del dragón y el magnífico ser azul, como si no quisiera ser cómplice de la desesperación de Satoshi, no se demoró y apareció nadando entre los copos de nieve que se precipitaban con su monótona y trágica cadencia.

–Creí sinceramente que no vendrías humano insensato. Pues bien, ahora dime ¿cómo moriré?

Satoshi, con toda la calma que le permitía su sufrimiento, cogió una cantimplora que llevaba atada en su cadera derecha, la abrió y bebió su contenido, lo mismo hizo con otra idéntica que tenía en la cadera opuesta y dijo:

–Yo te mataré.

Tatsuryū rio como no lo había hecho en cientos de años.

–¿Qué tú me matarás triste humano? Es lo más increíble que he oído en mi larga vida, además la pregunta no era quién me iba a matar, debías responder cómo iba a morir. Tu viaje ha sido en balde.

Abrió sus grandes fauces y con ellas atrapó a Kitaro hasta la cintura, atravesándolo con sus afilados dientes y elevó su cabeza para acabar de engullirlo cuando con su último aliento Satoshi logró decir:

–Morirás envenenado.

Entonces el dragón lo supo sin lugar a dudas.

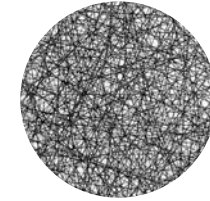
Sintió como el veneno más mortífero de la tierra, y que hacía un instante había bebido Satoshi, bajaba por su garganta. Intentó escupirlo, se retorció, se revolvió, como desesperado antidoto comió nieve que se mezcló con sangre y veneno pero ya era tarde, muy tarde, porque a diez días de viaje de allí, nueve noches de miedo, ocho recuerdos baldíos, siete lobos sigilosos, seis miradas atrás, cinco recados al viento, cuatro cielos en calma, tres tormentas de odio, dos ríos sin nombre y una vida que se acababa, Nayumi Kitaro abrió sus enormes ojos negros, lanzaba contra el techo el nombre de su amor, se levantaba de la cama, bajaba una más que antigua escalera de madera, salía al jardín y caía de rodillas entre lágrimas para ver, como una pequeña pluma blanca bailaba en el aire, hacía elegantes giros incompletos, jugaba delicadamente con la luz de la mañana y poco a poco, lentamente, sin ninguna prisa, se posaba en el frío suelo.

La aparición

de

Andrés Úbeda Castellanos

Seleccionado



Has muerto, de eso estás convencido. No era como esperabas, pero tampoco ha sido algo doloroso, deberías estar agradecido por ello. Ahora necesitas algo de tiempo para pensar, bueno, no has dejado nada en el mundo, pero te puede la curiosidad. Seguirás aquí, por ahora. Es curioso y la vez irónico, desde pequeño siempre te han dado miedo los fantasmas.

Alguien llama a la puerta. La mujer abre con desconfianza, lentamente, como si temiera una visita desagradable. En el portal, un hombre vestido con una gabardina tira un cigarrillo al suelo y lo pisa con la punta del zapato.

–¿Es usted...? –pregunta la mujer con un hilo de voz. Su cara está demacrada por la falta de sueño y parece muy nerviosa.

El otro asiente y sonríe. Intenta tranquilizarla.

–¿Puedo pasar?

–Adelante, pase. Siéntese en el sofá. Le prepararé un café.

El visitante entra y se acomoda. Mientras tanto, la mujer va a la cocina y vuelve con las bebidas.

–Si está muy templado dígamelo.

–Está todo bien –se hace el silencio y el hombre la mira a los ojos–. Me gustaría que me diera los detalles del suceso, en particular de su propia experiencia.

–¿Qué quiere que le cuente? Lo que le dije por teléfono es todo lo que hay.

–¿Con qué frecuencia ocurre?

–No sabría decirle. No es algo que pase a cierta hora. Ocurre a menudo, eso sí. Pero a veces no vuelve hasta pasada una semana. Tal vez mi marido quiera decirme algo.

El otro niega con la cabeza.

–Su marido murió de un ataque al corazón, ¿no es cierto? Como me ha contado, su relación con él era cordial. Le aseguro que su marido no tiene nada que ver con esto. No actúan de ese modo.

–¿Quiere decir que es un espíritu maligno?

–Señora, no crea todo lo que se oye por ahí. Ni siquiera hemos comprobado que aquí haya uno de esos “espíritus” como usted los llama.

–Me dijeron que usted era el mejor. Me sorprende su aspecto. Parece un hombre tan normal.

El otro ríe. Su mano derecha busca en el bolsillo. Saca el mechero y otro cigarrillo.

–¿Le importa?

–Haré una excepción.

El hombre se queda con el cigarro en la mano, sin encenderlo. Prefiere no incomodarla.

–Necesito estar solo.

–Lo que usted diga.

–Vuelva dentro de una hora –pide él–. Le prometo que no romperé nada.

Cuando la mujer se ha marchado, aún sigue con el cigarro en la mano. Un joven, sentado en la silla del comedor, espera impaciente. Tiene ganas de hablar con él.

El mundo de los vivos es el único mundo posible. El resto es el vacío, insustancial y superficial, como la nata de la leche. Rodea a la realidad como un halo intangible, es algo que no merece existir y de hecho no existe, puesto que nadie es capaz de tenerlo en cuenta. Al principio te encontrabas perdido, como una sombra más. Poco a poco has conseguido vencer esa resistencia que te separaba del mundo. Has logrado entrar en él, lentamente, con tranquilidad. Debes ser discreto. No hay que llamar la atención.

–Me ha costado contener la risa –dice el joven–. Parece ilusionado.

–Es difícil contentar a este tipo de personas –dice el hombre–. Me llamo Juan Antonio –se presenta.

El joven se levanta de la silla y le estrecha la mano.

–Yo soy Óscar.

–Me alegra encontrar a alguien como tú. No es nada habitual.

–¿Siempre es así de sencillo? –pregunta él.

–¿Te interesa mi trabajo?

–Últimamente me estoy aburriendo bastante. Las cosas ya no son lo que eran.

–La gente se vuelve escéptica.

–Es cierto. Y dime, ¿has conocido a muchos más?

–Bueno, normalmente son falsas alarmas. Hay mucho desequilibrado, mucha tubería suelta y mucha ventana mal cerrada.

–¿Y qué les dices cuando pasa eso?

–Les convengo de la verdad. Lo intento, por lo menos, pero no siempre lo consigo. En otros casos recomiendo que acudan a un médico. Los clientes suelen quedar satisfechos.

–¿Y conoces a alguien que haya visto alguno? De la misma manera que me estás viendo tú ahora.

El hombre se recuesta en el sofá. Todavía lleva el cigarrillo entre los dedos.

–Alguno que otro.

–¡Qué bueno! –el joven se muestra muy sorprendido–. A mí me han dicho que no nos reflejamos en los espejos, como los vampiros.

–Eso es científicamente cuestionable –explica el otro–. Un espejo refleja las ondas de luz al igual que los ojos, que tienen una serie de receptores que captan esa luz y la traducen en una imagen. Si un ser humano ve un fantasma con sus propios ojos está recibiendo la misma luz que rebotaría en el espejo. No es más que luz. Si alguien no te ve en un espejo no te verá fuera de él. No hay alternativa posible.

–¿No me digas? ¡Qué curioso! O sea que si a alguien le pasa eso no es más que pura sugestión. La gente tiene serios problemas mentales me temo.

–Algo así –dice Juan Antonio encendiendo por fin el cigarro.

–¿Por qué fumas? ¿No sabes que puede matarte?

Los dos ríen ante la ocurrencia.

–En cuanto a lo tuyo, chico. ¿Por qué estás aquí? ¿Algún motivo en especial o te dedicas a joder aleatoriamente?

–Bueno. La verdad es que caí aquí por pura casualidad. No he encontrado el camino, ninguna luz ya sabes.

–No hay ningún camino. Pero puedes desaparecer. Eso también es posible.

Desaparecer. Desaparecer del mundo es tomar una decisión demasiado dura. Se puede hacer tanto aún. Todos podemos ayudar de algún modo. Los que no desean hacerlo se van en seguida. Se funden con el aire, como el humo. No crees que haya nada más allá. Eso te causa inquietud, aunque no tienes miedo. Sólo tienes miedo al dolor y eso ya lo has pasado.

–Sabes en qué consiste mi trabajo, Óscar.

–Lo sé, lo sé. Sólo me preguntaba si existe algún modo de...

–¿Ayudar?

–No, por favor. Quiero seguir aquí, aunque sea aburrido.

El hombre suspira.

–Cuéntame tu historia.

–No sé si te interesará.

–Adelante.

–Pues me choqué con un poste –explica y se vuelve a reír.

–¿Así de simple?

–Así de simple.

–Eres un caso muy normal, no te preocupes. En realidad la mayoría son como tú. Sois muy insistentes.

El joven se bebe la taza de café que ha dejado la mujer en la mesa.

–Somos unos tocacojones.

–Tengo maneras de convencerte.

–¿Cuáles?

–Si te digo que debes desaparecer no estaría siendo justo. Además, a nadie le gusta desaparecer, por lo menos sin saber que pasará.

–No te creas. A veces sí que me gustaría desaparecer.

–Eso hace las cosas mucho más sencillas.

El hombre mira el reloj.

–Casi ha pasado una hora. ¿Quieres que te enseñe el modo?

Óscar juguetea con la taza. Juan Antonio sabe que está cansado. Su trabajo no es demasiado complicado. Únicamente consiste en hacerles ver que están cansados. El curso natural de las cosas es que desaparezcan. Lo otro altera el orden. Sólo hay que darles un pequeño empujoncito.

–De acuerdo. Espérame fuera, hazme ese favor.

–Claro, macho.

El joven sale y la mujer entra. Se cruzan.

–He sentido un mareo –dice ella.

–Es normal. Es la sensación de vacío que queda –miente.

La mujer sonríe.

–¿Lo ha conseguido? ¿Qué era?

–No tiene importancia.

–Usted... No sé cómo agradecerse. Me habían dicho que siempre lo conseguía pero no llegaba a creerlo.

–No siempre lo consigo.

–Tenga –dice tendiéndole unos billetes.

–No hace falta.

La mujer guarda el dinero.

De nuevo sientes la misma sensación. Cada vez que lo logras sientes que algo más te une a este mundo. Desde pequeño tienes miedo a los fantasmas y no puedes dejar que otros sufran ese miedo. Por eso los guías fuera de aquí. Esto no durará eternamente, lo sabes, porque un día, puede que dentro de poco, otro como tú vendrá a preguntarte si tú también estás cansado.

Índice

Pórtico	3
Jurado.....	4
Premiados y seleccionados	5
<i>Tengo que saberlo</i> (de Alba Cristina Benesiu Pueyo).....	9
<i>Dos metros les separan</i> (de Ruth Laguna de las Heras y Carlos Lozano Quijada)	13
<i>La culpa fue de los peces de colores</i> (de Julia Lamo Herrero).....	21
<i>Un record borrós</i> (de Alba Cristina Benesiu Pueyo).....	29
<i>Mamarrachadas</i> (de José Alberto García Avilés).....	35
<i>El funeral de Eva</i> (de Samuel Juliá Cristóbal).....	41
<i>Fragmentos fisiognómicos</i> (de Iván Latour Guillén).....	47
<i>Miedo</i> (de Ana Martín Carratalá)	55
<i>El tiempo que pasa nunca llega</i> (de Virginia Mendoza Benavente)	61
<i>Lo que nos queda por conocer</i> (de Natalia Moltó Llopis)	67
<i>Los ópticos</i> (de Dimas Pardo López)	73
<i>Matar a un dragón</i> (de Luis Torrús Cortés)	83
<i>La aparición</i> (de Andrés Úbeda Castellanos).....	89

Se acaba de imprimir este libro:
"Atzavares"
en los talleres de Quinta Impresión (Alicante)
el día 21 de octubre de 2011



Vicerectorat de Cultura i Extensió Universitària
Delegació d'Estudiants de la Facultat de
Ciències Socials i Jurídiques d'Elx